

Quédate conmigo



NOELIA JIMÉNEZ SANGÜESA

Quédate conmigo

NOELIA JIMÉNEZ SANGÜESA

Quédate conmigo.

© Edición de enero de 2024.

© Noelia Jiménez Sangüesa.

ISBN: 9781694502339

Sello: Independently published.

Diseño y maquetación: Noelia Jiménez Sangüesa.

Corrección: Arantxa Murugarren.

Todos los derechos reservados. Queda totalmente prohibida la copia total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico sin el permiso escrito y firmado del propietario y titular del Copyright.

Para todas aquellas mujeres que alguna vez han sentido que no eran suficiente; no hay nada más poderoso sobre la faz de la tierra que una mujer que crea en sí misma.



Nunca pensé en enamorarme.

Nunca pensé que separarme de Sergio, mi pareja desde que terminé el instituto, iba a ser la mejor decisión que tomaría.

Nunca pensé que conocer a Héctor, un apuesto muchacho de veintinueve años con mucho que dar y a quien yo le cambiaré la forma de ver las relaciones, sería mi mejor medicina.

La vida da muchas vueltas, demasiadas a veces, y tenemos que tener mucho cuidado, andar con mil ojos, o podemos perdernos en una de ellas y no ser capaces de recordar el camino de vuelta a casa; ese sendero que nos conduce al lugar donde nos sentimos completamente a salvo.

Desde bien pequeños nos enseñan a ser perfectos; no podemos fallar, no tenemos permitido fracasar. Debemos darlo todo en todo momento y no dejar que los problemas nos superen y nos alejen de la competición; es un todo o nada.

Aprendí que los hombres tienen el poder absoluto sobre las mujeres, que son más fuertes y capaces, que pueden hacer con nosotras lo que se les antoje, sin necesidad alguna de pedirnos permiso. Nací creyendo que habíamos nacido para satisfacerles, hasta que me di cuenta de que nosotras también podemos jugar a su juego. No volveré a permitir que ningún hombre me mangonee, soy dueña de mi vida y ahora pienso jugar sin reglas.

Soy África y esta es mi historia.



Han pasado varios años desde que tomé la decisión más difícil y sabia de toda mi vida. Una mañana me dispuse a recoger apresuradamente todas las pertenencias que tenía en el piso que compartía con Sergio y no me volví para mirar atrás; no pensaba volver. Cogí mis maletas y salí por la puerta del apartamento sin arrepentirme ni un solo segundo de la drástica y repentina decisión que había tomado. Mientras bajaba las escaleras y cruzaba el pasillo del primer piso, escuché sus ahogados gritos y los golpes ocasionados por las cosas que parecía estar lanzando contra las paredes. Teniendo en cuenta que nuestro piso se encontraba en la quinta planta, debía de estar armando un estruendo enorme por las habitaciones. Mi relación con Sergio empezó cuando acabé el instituto y apenas tenía dieciséis años, siendo él dos años mayor que yo. Estuvimos juntos siete largos años, pero un día por fin me di cuenta de que nuestra relación era de todo menos sana y que no podía seguir aguantando aquella situación ni un segundo más; había llegado el momento de alejarme de él.

Aquella fue la última vez que me puso la mano encima y, armándome de valor, decidí que sería simplemente eso; la última vez. Aguanté durante siete años sus quejas, sus gritos, sus amenazas y sus golpes, pero llegó un momento en que ni mi cuerpo ni mi mente lo resistieron más y, después de perder a mi hijo no nato a causa de una de sus palizas, supe claramente que había llegado la hora de salir huyendo. Todavía hoy me inquieta un poco haberlo hecho así, no me gusta tener que escapar sin la oportunidad de enfrentarme primero al problema que me rodea, pero por aquel entonces no me quedó otra opción que alejarme sin pensármelo dos veces y sin enfrentarme al causante de todo mi sufrimiento.

Nunca he sido de esas personas que huye de una mala situación, aunque esta sea nefasta, sin pelear primero, pero me di cuenta de que no podía seguir luchando contra Sergio. Me había quedado sin munición para mis armas y había llegado el momento de aceptar la derrota y retirarme de la lucha. Hasta ese momento no me había considerado una persona débil, dicen que quien consigue escapar de un maltratador ya es muy valiente por el simple hecho de tener el coraje de alejarse de él antes de que sea demasiado tarde, por lo que con el paso de los días empecé a considerarme todo lo contrario a una persona cobarde. Él me anuló como persona, acabó con todo lo bueno que había en mi interior y me destrozó hasta lo más profundo de mi corazón. No he vuelto a ser la misma, por mucho que lo he intentado, y eso es algo por lo que siempre le odiaré.

A día de hoy no puedo decir que estuviese enamorada de Sergio, pero algo me mantenía muy atada a él y a sus diversas y poco normales formas de demostrarme su amor. Quizás fue que le conocí en un momento de mi vida en que nadie quería estar a mi lado, un tiempo en que todo lo

que tocaba se volvía de color negro. Un instante de mi paso por este mundo en el que no aceptaba tener a nadie cerca de mí, puesto que yo misma les alejaba. Conocí a Sergio unas semanas después de cumplir los dieciséis y acababa de salir, sin la ayuda de nadie, de una enfermedad tan grave y traicionera como es la anorexia. Esta enfermedad y yo misma, que no me sentía a gusto con mi cuerpo, echó de mi lado a todo ser humano que alguna vez había estado conmigo y solo encontré consuelo en los brazos de Sergio.

Ahora, con veintiocho años, teniendo mi piso, un trabajo que me hace realmente feliz y que me apasiona desde hace casi cuatro años y toda una vida por delante, me siento tremendamente orgullosa de la decisión que tomé en su día. A veces necesitamos ser nosotros mismos quienes, sin el apoyo ni la ayuda de nadie, nos demos cuenta de lo que estamos viviendo, abramos los ojos y luchemos por conseguir algo mejor. Yo lo hice y, hoy en día, me siento la persona más valiente y capaz sobre la faz de la tierra.



No entiendo cómo he llegado hasta aquí. Se suponía que tenía que estar en la oficina a las once de la mañana para una reunión muy importante con los expertos en *marketing* y enseñarles mi proyecto, ese que puede llevarme al éxito o al fracaso en una décima de segundo. Sin embargo, el taxista me ha dejado en la otra punta de la ciudad a menos de un cuarto de hora para que empiece la dichosa reunión. ¿Qué se supone que voy a hacer ahora? La estación de metro más cercana está a unos quince minutos andando y hay por lo menos veinte más de trayecto hasta la oficina; no llego ni de coña. Si tengo que ir corriendo con esta falda tan estrecha, la camisa azul claro y los tacones, no creo que lograra llegar y en caso de conseguirlo, lo haría hecha un cromo. Necesitaría una buena ducha nada más pisar mi despacho, cosa que por desgracia no tengo tiempo de permitirme.

Opto por la opción más fácil y la que más miedo me da. Le envío un mensaje de texto a mi superior, ese de quien ocuparé el puesto si me conceden el ascenso. Tras pulsar el botón de enviar y rezar para que todo salga bien, pido otro taxi y anhelo que esta vez no se pierda como su compañero de profesión y me deje tirada en medio de la nada alegando que su jornada laboral ha terminado y no puede llevarme de vuelta. Para mi suerte la reunión se ha aplazado y todavía tengo una hora para llegar, asearme y prepararme para la presentación que podría cambiarme la vida para siempre.

Cuando el taxi por fin se detiene frente a mí no me entretengo en mirar quien conduce, ahora mismo me da igual que me rapten o hagan conmigo lo que quieran; solo puedo pensar en la reunión. No es que tenga nada en contra de los taxistas, pero últimamente hay un grupo de personas que se dedica a robar y conducir sus coches haciéndose pasar por personas del oficio y hacen con la gente lo que quieren, dándoles igual si son mujeres u hombres.

Entro con rapidez en la parte trasera y balbuceo la dirección de la oficina; estoy sudando la gota gorda y necesito llegar cuanto antes, arreglarme y tener unos minutos libres para respirar y relajarme. Una voz grave me llega desde la parte delantera del vehículo y un escalofrío recorre mi cuerpo, presintiendo que algo no va del todo bien. Decido ignorarlo y centrarme en el problema que tengo entre manos, estoy muy ocupada para pensar en algo que no tenga que ver con llegar a tiempo a la reunión y salvar mi culo y, con ello, mi carrera.

Veinte minutos más tarde el taxi se detiene frente a las puertas del edificio y dejo caer los billetes sobre el asiento del copiloto sin ni siquiera esperar a que el conductor me devuelva el cambio; no tengo tiempo para eso. Entro corriendo y saludo a Gloria, la recepcionista, quien me dedica una gran sonrisa y levanta los pulgares en señal de aprobación; parece que llego a tiempo y no me van a cortar la cabeza. La chica se acerca corriendo hasta mí con una camisa blanca

entre sus manos y me la tiende con una sonrisa, la cual está perfectamente delineada por su característico pintalabios de color rojo mate.

—Te da tiempo a cambiarte. En mi taquilla, la número cuarenta, tienes desodorante, colonia y maquillaje para arreglarte un poco —me guiña el ojo y me sonríe; creo que podría enamorarme de ella si me gustasen las mujeres—. Coge todo lo que necesites.

—Eres mi ángel de la guarda. ¿Lo sabes, ¿no?

Beso la mejilla de mi compañera de trabajo y también de piso, esa muchacha que se ha convertido en mi otra mitad en los últimos años, y me dirijo corriendo hacia los vestuarios de la primera planta. Me cambio ágilmente de camisa y cojo los potingues varios de Gloria para arreglar el rímel que se me ha corrido a causa del sudor y quitarme un poco el color de las mejillas; hace demasiado calor y ahora mismo parece que haya estado durante horas en la playa tomando el sol en vez de preparando una importante presentación. Me recojo la melena roja en un moño muy formal; destaca mucho teniendo en cuenta el color de mi piel, ya que soy bastante más morena que el resto de pelirrojos y me dirijo hacia los ascensores que me llevarán a la quinta planta donde tendrá lugar la reunión que llevo preparando durante tantos meses. Si consigo hacerme un hueco entre los más altos cargos será un gran paso en mi carrera, pero sobre todo será un buen empuje para todas las mujeres que quieran luchar por sus sueños. Se acabó el estar condicionadas por nuestro género, el ser humilladas por nuestra raza; somos poderosas y ha llegado el momento de demostrarlo.



La reunión ha terminado más rápido de lo que hubiese esperado, pero he salido totalmente convencida de que el trabajo como redactora jefa será mío; es algo por lo que he luchado durante tantos años. Entré en la revista cuando solo tenía veinticinco años, justo dos años después de haberme alejado de Sergio. Me merecía empezar de nuevo. Durante algunos meses adopté la personalidad de alguien totalmente opuesto a quien siempre había sido; me comportaba como si nada me importase, como si nada de lo que ocurriese a mi alrededor pudiera afectarme, como si estuviese capacitada para comerme el mundo sin tener miedo a fracasar en el intento. Al principio me costó convivir con esa personalidad inventada, ya que no me sentía a gusto en absoluto, pero poco a poco me fui adaptando y comencé a sentirme como la África que yo misma había creado con mucho esfuerzo. De repente, esa mujer fuerte y poderosa que estaba oculta en alguna parte de mi ser y que no se había atrevido a ver la luz apareció para sorprenderme. La personalidad que había adoptado para sentirme fuerte, se acabó convirtiendo en mi verdadera

forma de ser.

—¿África? —la poderosa voz de mi jefe me llega desde el marco de la puerta de mi pequeño despacho y me hace abandonar mis pensamientos; ha llegado el momento de la verdad—. ¿Puedes reunirte conmigo en la sala de juntas en cinco minutos? Y no tardes, no tengo mucho tiempo.

Asiento, sintiéndome incapaz de articular palabra. La expresión de mi superior no me da ningún tipo de esperanza, más bien todo lo contrario; se ha mostrado distante y enfadado, algo poco habitual en él. ¿Y si la presentación no ha ido tan bien como pensaba? No, no puedo dejar que la mujer insegura que aún habita escondida en mi interior aparezca en este momento, tengo que ser fuerte y enfrentarme a cualquier cosa que mi jefe haya decidido con respecto a mi futuro y a mí.

Tomo aire varias veces, me miro en un pequeño espejo que tengo sobre el escritorio y sonrío; estoy lista para cualquier cosa. Con la cabeza alta y los hombros bien erguidos salgo del despacho que hace casi cuatro años me dio la posibilidad de alejarme de mi pasado y empezar de cero, y me dirijo a la sala de juntas. Al entrar, las lágrimas inundan mis ojos sin que me dé tiempo a intentar controlarlas cuando veo a todos mis compañeros alzando sus copas de champán en mi dirección. Roberto, mi jefe, se acerca a mí con esa sonrisa fraternal que siempre ha mostrado conmigo y me abraza, haciéndome sentir lo orgulloso que está de mí en estos momentos.

—Siento mi actuación de antes, pero quería que tu ascenso como redactora jefa en la revista fuera una sorpresa y se hiciese por todo lo alto. Llevo días preparando esto, sabía que lo conseguirías.

Prometí que no volvería a hacerlo, que no volvería a mostrar mis emociones y sentimientos ante nadie, pero aquí estoy, llorando a moco tendido ante todos mis compañeros. Gloria viene hacia mí como si el fuego corriese por sus venas y se tira a mis brazos, rodeándome con los suyos y apretándome entre ellos con todo ese cariño que siempre tiene guardado para cuando más lo necesito.

—Te dije que podías con todos ellos. ¡Te lo dije! Les has dejado boquiabiertos —asiento mientras me seco las lágrimas e intento recomponerme, pronto empezarán a acercarse los demás para felicitarme y quiero estar lo más serena posible, aunque en estos momentos me resulta complicado—. Ahora ya puedo decir que mi mejor amiga es la redactora jefa de la sección de moda femenina de una de las revistas más grandes y famosas de Madrid. Tienes en tus manos el poder de demostrarnos a todas las mujeres lo poderosas que somos y todo lo que podemos conseguir si creemos en nosotras mismas.

Sus palabras hacen que me emocione de nuevo. Jamás había tenido tanto apoyo como el que he recibido de ella y eso es algo que me hace sentir increíblemente afortunada. Tal y como me esperaba, el resto de mis compañeros empiezan a acercarse a mí y me colman de abrazos, besos y felicitaciones. Lo que más me gusta de esta empresa, aparte de estar haciendo lo que amo y poder ayudar a otras mujeres a demostrar su valentía, es que todos tenemos muy buena relación y somos como una gran familia; aunque todo esto es gracias a Roberto. Esta fue una de las razones que me hizo apostar por ellos cuando me dijeron que me habían contratado, a pesar de tener mejores ofertas en otras ciudades. Ahora mismo tengo los sentimientos a flor de piel y tengo la sensación de que podría derrumbarme en cualquier momento, pero me obligo a ser fuerte; ya lloraré con Gloria como si no hubiese un mañana cuando llegemos a casa en unas horas.

—Chicos, para esta noche hemos montado un pequeño evento —todos reímos al escucharle

decir “pequeño”, nada de lo que hace Roberto puede considerarse como tal—. Vale, vale, no es pequeño. Al evento acudirán los cargos más altos de la empresa y celebraremos el ascenso de nuestra querida África —mi corazón va a mil por hora, no me puedo creer que estén haciendo todo esto por mí—. Tenéis que venir vestidos de gala, ya que celebramos que África es ahora la redactora jefa de la sección de moda y yo me quedo al margen. ¡Ah! y podéis traer a un acompañante. La idea del evento es que disfrutéis, os relacionéis con vuestros superiores y homenajéis a África por su logro. Y que os despedáis de mí, claro —volvemos a reír. Sinceramente no sé qué va a ser de esta empresa sin él a nuestro lado—. No hay nadie, con todos mis respetos, que se merezca este puesto más que ella.

Todos empezamos a aplaudir, somos los típicos que decimos: fiesta sin vino, no vale un comino. Así que cualquiera puede imaginarse cómo acabamos todos después de las comidas y las cenas de empresa; bailando sobre las mesas con las corbatas de nuestros compañeros a modo de diademas o intentando ligar con camareros y camareras que ni siquiera tienen los mismos gustos sexuales que nosotros.

Estoy deseando que llegue la noche y me giro hacia Gloria con esa mirada que dice “tenemos que ir de compras urgentemente”, a lo que ella asiente demostrándome su total conformidad. Ya no recuerdo como empezamos a ser amigas, pero de lo que estoy segura es que el destino la puso en mi camino por alguna razón y le estaré eternamente agradecida por ello. Teniendo a Gloria a mi lado, me he dado cuenta de que las almas gemelas existen y que pueden encontrarse en distintos tipos de relaciones.



Después de comer, Gloria y yo nos dirigimos a una tienda de vestidos de fiesta muy cercana a nuestro apartamento y reconocida en todo Madrid, donde además nos hacen una gran rebaja por trabajar en la revista de moda más influyente del país. Una vez allí, entramos sin pensarlo dos veces. Quizás hoy nos dejemos el sueldo de al menos un mes, pero la ocasión merece la pena y esta noche tenemos que brillar y destacar como nunca. La dependienta de *Conchita Saiz* nos recibe con una gran sonrisa dibujada en sus labios, sabe que con nosotras hoy hará buena caja y se podrá ir pronto a casa, así que nos acompaña hasta la sala VIP del local. Allí, nos encontramos con que nos reciben con una gran variedad de cócteles, pastas variadas y catálogos a la espera de abrir para que empecemos a buscar el atuendo que luciremos esta noche; tiene que ser perfecto.

Mientras nos bebemos una copa de espumoso que debe costar al menos medio riñón, empezamos a mirar uno de los catálogos que la mujer ha dejado a nuestra entera disposición. No tardo mucho en enamorarme de un vestido de media manga, largo hasta cubrir los pies de la modelo que aparece en la fotografía y de rayas verticales blancas y negras. Por otro lado, Gloria se decanta por un traje pantalón de color verde oliva, de manga larga y con un poco de escote. Le pedimos a la dependienta con la voz teñida de emoción que nos saque esos mismos vestidos, pero de nuestra talla, y nos dirigimos corriendo a los vestidores como dos adolescentes a la par que rezamos para que nos queden como un guante. Necesito esto. Necesito sentirme espectacular esta noche.

—Aquí tienen, señoritas —la mujer nos extiende los trajes y se queda esperando fuera mientras nos cambiamos para poder ver el resultado final—. Si necesitan algún cambio extra, podríamos tenerlos listos para esta misma noche si así lo desean.

—¿Has oído eso África? —Gloria y yo salimos del vestidor al mismo tiempo y sonreímos al vernos; estamos increíbles—. ¡Vamos a arrasar esta noche!



El momento ha llegado y estoy muy nerviosa. Hacía años que no me sentía tan fuera de lugar como me siento hoy. Ahora mismo la antigua África está ganándole terreno a la nueva, no sé cómo frenarla y me asusta que mi lado inseguro salga a la luz, que los miedos que un día me acompañaron ganen la batalla en la que tanto he perdido y luchado. Durante cuatro años he trabajado duro para hacerme fuerte, invencible, para no volver a hundirme como lo hice estando con Sergio, pero a veces no podemos controlar nuestras emociones por mucho que lo intentemos y estas se acaban manifestando. Yo decidí hacerme la valiente, convertirme en una mujer fuerte y despreocupada a quien no le afectase nada pero, por el momento, no he conseguido volverme de piedra.

Ahora mismo siento que podría echarme a llorar en cualquier momento y arruinar todo el trabajo que hice para construir una nueva persona, pero entonces miro a Gloria y vuelvo a sentir como todos los miedos desaparecen. Mi amiga me sonríe con orgullo mientras extiende su mano para tomar la mía y bajar así juntas las escaleras que nos conducen hacia la sala donde están esperando todos nuestros compañeros.

En el momento en que doy el primer paso y bajo uno de los escalones que me conducen al evento que se celebra en mi honor, me siento fuerte y poderosa de nuevo; puedo conseguir cualquier cosa que me proponga, lo he demostrado. Si se han tomado tantas molestias en organizar un encuentro tan espectacular como este en mi nombre, no voy a ser yo quien arruine la fiesta que todos parecen estar disfrutando. Una vez nos encontramos al principio de la gran escalera, un camarero se acerca rápidamente a nosotras para ofrecernos champán. Con una sonrisa, cogemos dos copas y empezamos a caminar por el salón observando la espectacular y exquisita decoración.

—No está nada mal, ¿eh? —Gloria mira todo a nuestro alrededor con los ojos brillantes por la emoción y rápidamente me doy cuenta de lo que está pensando; no se le escapa una—. Empresarios, altos cargos, tíos buenos... Quizás hoy no duerma en casa.

—¿Es que tú solo te fijas en los tíos con dinero? —ambas nos echamos a reír, sabiendo que solo le digo cosas así con la intención de picarla un poco.

—Ya sabes que un tío con traje me quita la respiración y las bragas, dicho sea de paso, con más rapidez que uno que va en chándal —Gloria se encoge de hombros, siempre ha tenido muy claro lo que quiere en la vida y no es un hombre que no tenga aptitudes.

—Hay hombres muy válidos que van en chándal porque les gusta el deporte —la miro con una ceja alzada, me encanta sacar su lado histérico.

—Puede ser, pero prefiero ir a lo seguro y no arriesgarme a cenar en un McDonald's —no puedo evitar echarme a reír ante esto; siempre acabo pillándola.

—Es de gustos caros la niña —entrechocamos nuestras copas en un brindis silencioso y Gloria me sonríe de medio lado.

—Una princesa no puede ser tratada como una plebeya, tengo mis necesidades. Además, he

comprobado en varias ocasiones que un hombre de negocios me come mejor el coño.

—¡Gloria! —le doy un fuerte golpe en el hombro provocando que se tambalee, cualquiera podría oírla—. ¡Eres una vulgar!

—Mira, ahí está Roberto con los demás —mi amiga cambia completamente el rumbo de la conversación y no puedo hacer nada más que negar con la cabeza mientras una risa escapa de mis labios. Sin comentarios de este tipo, no sería ella.

A lo lejos visualizo a Roberto junto al resto de mis compañeros y mi jefe me mira como un padre orgulloso mira a su hija el día de su graduación. La emoción me invade de nuevo y creo que puedo volver a echarme a llorar, pero me obligo a dejarlo para más tarde. Ahora tienen que ver a la mujer que les presenté hace cuatro años, no puedo mostrar mi verdadera personalidad delante de todas estas personas a quienes, ahora, me toca enseñar y guiar. Tengo que hacerme respetar del mismo modo en que lo he hecho hasta el momento y mostrar mis debilidades ahora no va a ayudarme a hacer un buen trabajo.

—Estoy muy orgulloso de ti —Roberto me susurra esas palabras al oído haciéndome sonreír y me conduce junto al resto del grupo.

Dejo que mis compañeros me rodeen y me detengo a abrazar y saludar a todos y cada uno de ellos, jamás me había sentido tan querida y valorada como en este momento. Saben que les llevaré por buen camino, igual que lo sé yo, que haré de la sección de moda la más conocida y que se les dará el mérito que se merecen. Siempre ha sido así, no ha habido día desde que llegué a la empresa en que no haya luchado para que el trabajo de cada uno de nosotros sea reconocido y valorado.

Mientras sigo recibiendo felicitaciones de todo el mundo, siento una mirada penetrante sobre mí, pero decido ignorarla y seguir a lo mío; hoy no estoy para muchas tonterías. Después de la mañana que he tenido cuando el taxista me ha dejado tirada en medio de la nada, los nervios por la presentación que finalmente me ha dado el trabajo de mis sueños y la lucha interna por no dejar que mis inseguridades salgan a la luz, creo que he tenido suficiente malestar por hoy y que merezco disfrutar rodeada de los míos.

Cuando todos terminan de saludarme, felicitarme y me conducen a una mesa repleta de regalos no puedo evitar quedarme pasmada. Me cuesta creer que estén haciendo todo esto por mí. El día que llegué a la empresa todos me acogieron como si fuese una más de la familia y me ofrecieron todo lo que necesitaba, pero jamás imaginé que pudiésemos volvernos todos tan cercanos. Aunque al principio no fui demasiado amable mientras forjaba mi nueva personalidad y me acostumbraba a ella, todos me dieron el espacio que necesitaba para que me adaptase a mi nueva vida. Después de muchos años sumida en la miseria y luchando en soledad por salir adelante sin volver a caer en la oscuridad que durante tanto tiempo me había mantenido prisionera, puedo decir con seguridad que he encontrado mi lugar en el mundo.



La noche pasa tranquila entre risas, bailes y alcohol, mucho alcohol, pero sigo notando que alguien me observa desde las sombras y estoy empezando a ponerme muy nerviosa. Quizás el alcohol que ahora corre por mis venas me está volviendo paranoica, pero noto que algo no va del todo bien. Con una sonrisa de disculpa, me dirijo hacia el baño; necesito refrescarme y quitarme este mal sabor de boca que ha decidido aparecer de repente. Al salir de este, aparentemente más relajada, me topo con el gran cuerpo de alguien que se encuentra parado frente a la puerta e inmediatamente me pongo a la defensiva.

Cuando alzo la mirada, me encuentro con un hombre que rondará los treinta años, musculoso, moreno y de ojos verdes. Va vestido con un traje negro que le sienta como un guante, ya que parece ajustarse a cada músculo de su cuerpo, y lleva la corbata desabrochada en señal de que la fiesta está empezando. Es el tipo de hombre por el que Gloria perdería el culo y del que yo procuro mantenerme lo más alejada posible. No es que no me sienta atraída por los hombres que desprenden grandeza y poder, pero no me fío de ellos. Los empresarios que he conocido durante estos años acostumbraban a ser manipuladores, posesivos y no entendían la diversión como algo que debe incluir a las dos partes en la acción, sino solo a ellos; su placer y satisfacción es lo único que andaban buscando en una mujer.

Le observo fijamente durante algunos segundos, estoy segura de que le he visto en varias reuniones pero ahora mismo no puedo centrarme en nada más que en sus ojos, por lo que no consigo ubicarlo en tiempo ni espacio. Quizás sea alguien importante, o quizás no. De todas formas, prefiero mantener la boca cerrada y contener todas esas palabras poco apropiadas que se están acumulando en ella. ¿Qué hacía parado frente a la puerta del baño de mujeres? ¿Es el quien me ha estado observando durante toda la noche? Empiezo a notar como la inseguridad y el alcohol se están aliando con rapidez en mi contra, pero esta noche no voy a dejar que ganen la batalla.

—¿Va todo bien, señorita? —esa voz. Inmediatamente la reconozco y consigo ubicarle en la empresa. Es uno de los miembros de la junta que va a supervisar mi trabajo a partir de ahora.

—Sí, todo bien.

Asiento en su dirección y me dispongo a seguir mi camino para reunirme con mis amigos, pero el agarre de su mano en mi brazo me lo impide. Con un rápido movimiento, me pega a su cuerpo y tengo que contener la respiración para no soltar un repentino gemido. Jamás había estado tan cerca físicamente de un hombre tan imponente como él y ahora noto como todos mis sentidos vuelven a renacer. Por mucho que nos esforcemos en mostrarnos como rocas para que los hombres no nos vean débiles, es difícil controlar los impulsos ante un ejemplar como el que

tengo pegado a mi pecho ahora mismo.

—Tienes que tener cuidado cuando bailas de esa forma, no todos los aquí presentes tienen mi autocontrol.

Sus labios rozan el lóbulo de mi oreja cuando me susurra esas palabras y un escalofrío recorre mi cuerpo; placentero a la vez que repugnante. Me separo de él con rapidez, intentando alejarme de este hombre que por sus palabras entiendo que ve a las mujeres como objetos sexuales que están a su entera disposición, y me sonrío de medio lado provocando que cada parte irracional de mi ser quiera lanzarse a sus brazos. Necesito sexo desde hace mucho tiempo, y él ahora mismo no me lo está poniendo nada fácil. Tomando aire, me decido por dejar salir a mi nuevo yo, quien empuja las palabras contra mi boca, y plantarle cara para darle de su propia medicina. Si se piensa que puede tratar a las mujeres como una posesión, está muy equivocado.

—No tendría que controlarse si no se rompiese el cuello intentando averiguar si llevo o no bragas debajo del vestido, señor Gutiérrez.

El rostro de Héctor, que así se llama si mi memoria no me falla, cambia rápidamente al darse cuenta de que no me he doblegado ante él ni he salido corriendo pidiéndole que me posea; aunque ganas no me faltan, para qué vamos a negar lo evidente. Por lo que sé, está acostumbrado a conseguir lo que quiere y cuando lo quiere; no le importa el momento ni el lugar. Además, parece sorprendido de que sepa quién es, ya que en las juntas suele pasar desapercibido; pero no para mí. Si algo tengo claro es que siempre tengo que conocer a todos aquellos que me rodean y tener las cosas bajo control, ya no estoy para más sorpresas.

—Ándese con cuidado, cuando menos se lo espere puede caer en mis brazos.

Y dicho esto, se da media vuelta y se aleja de mí mientras desaparece entre la multitud que me busca para seguir celebrando mi ascenso por todo lo alto esperando, seguramente, que corra desesperada tras él. Sé cómo son los hombres como él, en la empresa tiene fama de ser un *quema bragas*; provoca a las mujeres para luego dejarlas con la miel en los labios. Por lo que he llegado a descubrir con el tiempo, se ha acostado con la mitad de las empleadas de la empresa, sin contarnos a Gloria y a mí, y todas están más que orgullosas de haberse metido en la cama del *macizo*, pero no es algo de lo que yo me sentiría orgullosa. He de reconocer que él siempre me ha atraído, pero jamás lo reconoceré en voz alta.

Olvidando el calentón que me han dejado sus palabras y, sobre todo, su presencia, me dirijo hacia mis amigos para seguir disfrutando de mi noche. No sé cómo acabará esto, pero estoy segura de que mañana tendré una buena resaca que me durará un par de días. Nada más acercarme a Gloria, esta me mira con las cejas alzadas.

—¿Qué hacías hablando con Héctor? ¿Ya ha conseguido llevarte a su terreno? —mi amiga se echa a reír, sabe que eso es algo que respeto pero que no va conmigo.

—Tú estás loca. Lo ha intentado pero, aparte de dejarme como una moto, no ha conseguido nada más —ambas nos reímos mientras nos dirigimos a la barra que han montado para servir las bebidas.

—Ese tío tiene algo que no me gusta, parece que siempre consigue todo lo que quiere. Mira que es totalmente mi tipo, pero algo en él me echa para atrás y ya sabes que yo nunca me equivoco.

—Ya sabes que conmigo lo tiene difícil, por no decir imposible. Quizás no esté mal para pasar el rato, pero nada más. Con esa actitud, tendría que trabajárselo mucho para que le prestase algo de atención.

—Sé que él no es una buena opción, pero deberías divertirte África. Desde lo de Sergio no

has querido acostarte con ningún hombre, ni siquiera pasar tiempo tomando un café, y eso no te hace ningún bien —Gloria me mira mientras abre los ojos como platos, cosa que me anticipa que va a decir alguna burrada—. ¡Tienes que dejar que tu chocolate sea mojado por unos buenos churros!

—Mira que eres bruta, tía.



La noche pasa sin ningún otro altercado, si es que a lo que ha ocurrido con el señor Gutiérrez se le puede llamar de esta forma. La presión que sentía en el pecho al sentirme observada desapareció en cuanto él abandonó la estancia y pude disfrutar de la fiesta sin preocupaciones. Cuando llegamos a casa son más de la seis de la mañana y noto como mi cabeza bombea sangre sin ningún control; cuando me levante tendré la peor resaca de mi vida, pero la ocasión lo merecía y ha valido la pena. Una vez estoy acostada, cojo mi móvil para ponerlo en silencio y que nadie me moleste. Al encenderlo, me sorprende encontrarme con un mensaje de Héctor de hace casi una hora. ¿De dónde habrá sacado mi número personal?

5:42

Hola preciosa.

Me ha sabido a poco nuestro encuentro.

*Quizás, más adelante, podamos hacer
que ese calentón desaparezca.*

Estaré encantado de ayudarte con eso.

Nos vemos el lunes en la oficina.

Héctor.

No sé cuándo me quedé dormida, pero ya son las cuatro de la tarde y tengo la sensación de no haber dormido más de media hora. Morfeo tuvo que poseerme, envolverme entre sus brazos cuando estaba leyendo el sugerente, inesperado y poco apropiado mensaje de Héctor, ya que no recuerdo nada más después de eso. ¿Se puede saber que le pasa a este tío? Nos hemos visto en cientos de reuniones y nunca me ha dedicado ni una mirada, ¿a qué viene ahora el interés? Quizás, solo se fije en las mujeres que tienen poder. Tiene pinta de ser uno de esos hombres que solo buscan mujeres que, según ellos, puedan estar a su altura.

Con un repentino mal humor cojo mi móvil, el cual ha quedado totalmente sepultado bajo las sabanas, y me dispongo a responder a su mensaje y dejarle claro que no soy lo que está buscando. Tengo que ser directa, no estoy dispuesta a que se piense cosas que no son. Estoy cansada de los hombres que se creen con derecho a todo por tener algo de dinero y una cara bonita, hace tiempo que me di cuenta de que merezco mucho más que eso. Por mucho que me atraiga físicamente, he de demostrarle que no soy como las chicas a las que está acostumbrado a

llevase a la cama. Si quiere guerra, guerra le daré.

16:13

*No sé a qué te refieres, anoche
supieron satisfacerme de una
forma increíble.
Quizás tengas más suerte la
próxima vez.*

Visto. Eso es lo que recibo por su parte. Parece que he conseguido mi objetivo y se ha dado cuenta de que conmigo no tiene las de ganar y no va a conseguir nada. Aunque, pensándolo bien, no me importaría que me quitase el calentón que me dejó anoche solo con el roce de su mirada sobre mi cuerpo. Supongo que es lo que pasa con esta clase de hombres, consiguen ponerte a cien en cuestión de segundos y luego es complicado sacártelos de la cabeza. No suelo dejarme seducir por tipos como Héctor, me repugnan y me alejan solo con su presencia, pero él tiene algo que me hizo perder la cabeza anoche. Sea lo que sea, es mejor olvidarlo. Cuando estoy a punto de levantarme de la cama, recibo una respuesta por su parte.

16:35

*¿Quieres jugar? Vamos a
jugar. Pero cuando acabe
contigo no habrá migajas que
otros puedan saborear.*

Me echo a reír nada más leer sus palabras. Se ha enfadado, eso está claro. He conseguido tocarle la fibra, esa que los hombres esconden bajo una gran y trabajada fachada de orgullo y fingida seguridad, y no puedo estar más contenta por mi gran hazaña. Tiene que darse cuenta de que no puede tener todo lo que se cruza ante sus ojos, de que no puede conseguir a toda mujer que se ponga en su punto de mira.

16:42

*Juguemos entonces, pero
prepárate para perder.
¡Nos vemos el lunes!*



El lunes ha llegado con más rapidez de la que esperaba, sigo teniendo dolor de cabeza y me siento cansada. Ayer, Gloria y yo decidimos hacer un día completo de sofá, manta y películas y no nos movimos hasta la hora de cenar para ir a buscar unas pizzas a un local muy cercano al apartamento. No quiero ir a trabajar, hoy no. No es que esté nerviosa por mi conversación con Héctor, pero hoy empieza mi nueva vida, tengo miedo de cagarla y más siendo consciente de que voy a tener su mirada clavada en mí durante todo el día intentando provocarme para que salte y pierda los nervios. Sé que me tengo que encontrar con él, por supuesto, pero no tengo ningún problema con eso. Me enfrentaré a Héctor si hace falta, no va a conseguir intimidarme.

Nada más llegar a la oficina, me dirijo al que va a ser mi despacho a partir de ahora y me encuentro con Gloria revoloteando alrededor de la mesa mientras tararea una estúpida canción que ha debido aprender de algún anuncio. No logro entender lo que dice, pero puedo asegurar que no tiene ningún sentido. Cuando por fin se percata de mi presencia, me sonrío con picardía y me entrega un gran ramo de flores acompañado de una bolsa de lo más llamativa de *Victoria Secret*.

—¿Qué es esto? —estoy confusa, si fuese un regalo suyo, me lo habría dado en casa.

—Parece que tienes un admirador secreto no tan secreto —Gloria me guiña el ojo y sacudo la cabeza con rapidez, dejando las flores sobre la mesa y abriendo la bolsa con curiosidad. De ella, sacó un picardías de color negro con encaje por todas partes que no dejaría nada a la imaginación. Dudo que cubra gran cosa. Lo guardo rápidamente en la bolsa, esperando que nadie más lo haya visto—. Vaya, al parecer tiene muy buen gusto.

—Me estás vacilando, ¿verdad? —miro a mi amiga con el ceño fruncido, esperando y deseando que me confiese que es todo cosa suya.

—Yo no tengo nada que ver, lo juro —Gloria se dispone a rebuscar entre las flores y poco después me extiende un papel bien doblado que desprende un olor varonil muy atrayente—. Mira, hay una nota.

Sin entender muy bien por qué, cojo la nota con manos temblorosas y me dispongo a leerla con los nervios a flor de piel. Nunca he recibido algo así y podría pensar que ha sido alguien de la empresa para felicitarme por mi ascenso pero, ¿el picardías? Esto solo puede ser cosa de una persona y no me están gustando nada las confianzas que empieza a tomarse conmigo. A sabiendas de que Gloria también quiere saber qué está pasando, desdoble la nota y comienzo a leerla en voz alta.

“He pensado que para jugar a mi juego, necesitarías ropa más adecuada de la que sueles llevar. Sí, me fijo más de lo que parece en los pequeños detalles. Dentro del sobre tienes la llave y la dirección de la habitación del hotel donde me estoy alojando, te espero a las ocho de esta noche. ¡No me falles!”

El señor Gutiérrez.

—¿El señor Gutiérrez? ¿En serio? ¿Qué tiene? ¿Sesenta años? —Gloria se echa a reír mientras me quita la nota de las manos y la lee de nuevo sin poder contener las carcajadas que emergen de lo más profundo de su garganta.

—¿Pero qué se ha creído? —alzo ante mis ojos el picardías y, con esa determinación y valentía que me caracteriza, lo tiro a la basura seguido de las flores y la nota.

—¡¿Estás loca?! ¡Todo esto es carísimo! —Gloria se apresura a recuperarlo, a veces no la entiendo—. Siempre puedes aprovecharlo, aunque no sea con él.

—No me interesa tener nada que ver con ese espécimen. Es manipulador, posesivo y por lo visto se cree el rey del mambo —me dejo caer en el pequeño sofá que hay en mi despacho, sintiéndome repentinamente enfadada conmigo misma por no haberme enfrentado a él como Dios manda y haberle seguido el juego, por sentirme tan atraída por un hombre así—. Si se piensa que va a conseguir algo de mí, ya puede esperar sentado.

—África, a veces pareces tonta cielo —miro a Gloria con confusión, mientras observa la llave que tiene entre sus dedos con una sonrisa ladeada dibujada en sus labios—. Tienes todas las de ganar, ¿por qué no te aprovechas de la situación? —me tira la llave y la cojo al vuelo, sabiendo exactamente a lo que se refiere—. Hazle jugar a tu juego, estoy segura de que acabará rendido a tus pies y entonces serás tú quien decida qué hacer con él.

—Cuando termine con él, me suplicará que le enseñe a jugar de verdad.



—Hasta las siete y media Héctor está en la oficina, así que puedes ir antes a su habitación y esperarle allí para sorprenderle —Gloria me extiende el picardías y me dirijo rápidamente al cuarto de baño para cambiarme. Cuando salgo, esta me entrega un abrigo largo y de color negro y me cubro con él. Además, acompaño mi atuendo con unos zapatos negros de tacón de lo más sugerentes. Ahora mismo me siento como en las películas—. Perfecta. David está al tanto de todo, sabe lo que tiene que hacer y no tardará mucho en llegar.

—¿Cómo se te ocurre meter a tu primo en esto? —niego con la cabeza mientras termino de arreglarme; un poco de colorete, rímel y el pinta labios rojo mate que tanto le gusta a Gloria.

—Sabes que este se apunta a un bombardeo y más si puede estar cerca de un tío bueno, no me ha hecho falta pedírselo. En cuanto le he contado lo que teníamos pensado hacer, se ha ofrecido voluntario.

Nada más llegar a casa nos hemos puesto a idear un plan para demostrarle al “señor Gutiérrez” que no siempre va a conseguir lo que desea, que no todas las mujeres van a salir corriendo detrás de él cada vez que las mire con esos ojos verdes y chasquee los dedos. Gloria ha tenido la gran idea de que me presente en la habitación de Héctor, vestida nada más que con el picardías que me ha regalado y con su primo David con la intención de ofrecerle la mejor noche de su vida.

Teniendo en cuenta cómo es Héctor, o al menos sabiendo lo que nos ha mostrado a todos durante varios años, pronto nos echará de su habitación y no volverá a acercarse a mí; al menos por una larga y placentera temporada. Sé muy bien que no consentirá compartirme con otro hombre y que dará por finalizada nuestra “cita” en cuanto nos vea. Hasta hace unos años no hubiese sido capaz de hacer algo así, de exponerme y jugar con alguien de esta forma, pero ahora que no me acompleja mi cuerpo y que no tengo problemas para mostrar mi nuevo yo, me siento como una adolescente de dieciséis años que va a llevar a cabo su primera travesura.

David no tarda más de veinte minutos en aparecer en nuestro apartamento y confirmarme con una pícara sonrisa que está dispuesto a cualquier cosa esta noche con tal de obtener un poco de diversión. Se le nota en la mirada que está deseoso de hacer algo diferente con su vida, algo divertido y atrevido. Al parecer desde que confesó su homosexualidad se ha convertido en una persona mucho más abierta y ha dejado todas sus inseguridades a un lado.

Niego de nuevo mientras nos despedimos de Gloria, intentando no reírme ante la situación que me rodea, y nos subimos al coche de su primo para poner rumbo al hotel donde Héctor se está alojando y donde espera encontrarme esta noche. Al parecer o no es de por aquí o le gusta que se lo den todo hecho; tener una vida llena de lujos y atenciones.

Al llegar a la dirección indicada no me sorprende en absoluto que sea uno de los hoteles más reconocidos de Madrid; el *Hyatt Centric* de Gran Vía. Cuando he leído la dirección que había dejado escrita en la nota, en ningún momento se me ha pasado por la cabeza que fuese uno tan lujoso como este. Boquiabiertos, nos dirigimos hasta una de las suites con terraza y, al abrir la puerta con la llave que Héctor me ha dejado esta mañana, nos quedamos sin respiración.

Por lo que se puede ver a primera vista, la habitación tiene una cama donde podría caber un equipo de fútbol entero, incluyendo a los suplentes, una televisión de al menos setenta y cinco pulgadas, calefacción, aire acondicionado y un mueble bar muy bien equipado. Una de las puertas de la estancia conduce a un baño que más bien parece un spa, formado por una bañera de hidromasaje, un espejo que ocupa toda una pared y todo tipo de productos que harían perder la cabeza a cualquiera.

Después de investigar la habitación, descubrir que jamás podremos permitirnos llevar una vida así y tomarnos una copa de champán a la salud de Héctor, me dispongo a quitarme el abrigo sin vergüenza alguna de que David me vea casi como Dios me trajo al mundo mientras mi improvisado acompañante se queda en calzoncillos, deseando que Héctor aparezca y poder jugar un poco con él. Nos dejamos caer en la cama y esperamos ahí tumbados, hablando de todo y nada al mismo tiempo.



Han pasado varias horas desde que el champán empezó a afectar nuestra capacidad para captar el transcurso de los minutos y Héctor no ha dado señales de vida. Me dispongo a mirar el teléfono, esperando haber recibido algún mensaje diciendo que va a retrasarse, y me sorprende al ver que no tengo batería. Inmediatamente me doy cuenta de que todo esto ha sido una estupidez, ¿en qué estaría pensando? Ya no soy una adolescente para andarme con este tipo de tonterías.

Me levanto de la cama y, tras cubrir mi semidesnudez con el abrigo y recoger todo lo que hemos dejado tirado por el medio, me acerco a David, quien se ha quedado dormido hace unos minutos, para despertarle y avisarle de que nos vamos. Me mira confuso y desorientado, parece que no tiene muy claro dónde está. Tras mirar el reloj que descansa en la mesita y percatarse de la hora qué es, me mira con una clara expresión de enfado.

—No habrás acabado la fiesta sin mí, ¿verdad? —la sonrisa que empieza a aparecer en sus labios desaparece inmediatamente cuando niego con la cabeza.

—Será mejor que nos vayamos, esto ha sido una estupidez.

Sin ni siquiera molestarse en preguntar, se viste con rapidez y juntos abandonamos la habitación de Héctor. Me siento ridícula ahora mismo y lo único que quiero es llegar a casa,

darme un buen baño caliente en mi poco lujosa bañera y acostarme. Mañana será otro día y todo esto habrá terminado. Está claro que Héctor sabe cómo jugar y, aunque una parte de mí me grita que acabe con él, la otra me suplica que sea sensata y me centre en lo que de verdad importa ahora; mi carrera y ser feliz.

Al llegar a casa me encuentro con Gloria, quien me espera con los ojos cargados de sorpresa al darse cuenta de qué hora es. Me dirijo rápidamente a mi habitación para ponerme algo de ropa, ya disfrutaré del baño más tarde, y vuelvo al salón para contarle todo lo que ha pasado. Aprovecho para poner el móvil a cargar cerca del sofá y me dejo caer en este junto a mi mejor amiga.

—¿Y bien? No me digas que es de esos tíos que no aguantan ni el primer asalto —Gloria no puede evitar echarse a reír, pero pronto le borro la sonrisa con tan solo una mirada—. ¿Qué ha pasado?

—No se ha presentado, hemos esperado durante horas y él no se ha molestado en aparecer —me encojo de hombro y dejo escapar un suspiro frustrado; me lo tengo bien merecido—. Supongo que para él también era un juego, quería hacerme ir hasta allí para dejarme plantada.

—Ya sabes lo que tienes que hacer entonces, idear un nuevo plan —Gloria se acomoda en el sofá y veo a través de sus ojos cómo su mente empieza a maquinan algo nuevo y espectacular, pero ya he tenido suficiente.

—No, Gloria, se acabó. He sido idiota al dejarme llevar y seguirle el juego, ya no soy una cría y necesito centrarme en las cosas que importan de verdad —mi amiga me mira con sorpresa, no se esperaba una reacción así por mi parte.

—Pero, ¿vas a dejar que gane? Es lo que busca, África, que te rindas ante él. No puedes permitir eso.

—Creo que prefiero retirarme de la batalla antes de que convirtamos esto en una guerra de poder.

Gloria quiere interrumpirme, convencerme de que no deje que la antigua África emerja desde lo más profundo de mi ser y que siga luchando, pero el sonido de mi móvil al encenderse y empezar a recibir mensajes la deja con la palabra en la boca. Alcanzo el teléfono que he dejado apoyado en el reposabrazos del sofá y entre varios mensajes sin sentido, encuentro uno que me llama especialmente la atención.

21:30

*Espero que estés disfrutando de tu
cita. ¿Creías qué podías dejarme en
ridículo? Que poco me conoces, pequeña...*

*Nada más llegar mi querida amiga
Ángela, la recepcionista, me ha
avisado de la compañía que me
esperaba en mi habitación, por lo
que he decidido buscar otro lugar
dónde pasarlo bien y a otra persona.
Me apetecía pasar un rato divertido
contigo, de verdad, pero supongo que
jugar es todo lo que quieres.*

Juguemos entonces, nos vemos pronto.

El color abandona mi rostro por completo y le paso el móvil a Gloria, quien adopta la misma expresión que yo; nos ha pillado. Una parte de mí espera que Héctor se olvide de todo y me deje en paz, pero la otra grita que siga con el juego y me pide comprobar hasta dónde podemos llegar. Supongo que a la antigua África le sigue gustando la tranquilidad, pero la nueva prefiere vivir emociones fuertes y estoy convencida de que con Héctor podría llegar a divertirme de lo lindo. Sin embargo, ¿merece la pena?



Han pasado varias semanas desde que mi plan para apartar a Héctor de mi camino falló, aunque teniendo en cuenta que no me ha dirigido la palabra en estos quince días, quizás el plan no resultó tan mal como pensaba. Durante este tiempo me he dedicado a trabajar, a dar lo mejor de mí ideando nuevas estrategias y dando a cada empleado la oportunidad que se merece. Bueno, me he dedicado a eso y a pensar en Héctor. No soy capaz de sacármelo de la cabeza y es algo que está empezando a cabrearme. ¿Esto es lo que hace? ¿Meterse en la mente de las mujeres y no dejarlas jamás? Necesito olvidarme lo antes posible de él, es un manipulador y cuanto más lejos esté de mí, mejor.

La puerta de mi despacho se abre sin previo aviso y el señor Gutiérrez aparece sin molestarse en pedir permiso. Me quedo boquiabierta al verle; lleva un traje negro de pantalones pitillo acompañado de una camisa blanca sin cerrar del todo, una corbata desabrochada y una americana que marca su definida espalda. Tengo que luchar por mantener la boca cerrada y no empezar a babear, pensar tanto en él empieza a pasarme factura.

—Dos semanas, te he dado dos putas semanas para que te des cuenta de que no puedes vivir sin mí —sus palabras me llegan como cuchillos lanzados por un tirador experto y mi expresión ahora mismo debe ser de risa—. ¿Se puede saber qué te pasa?

—¿Perdón?

—Cualquier mujer hubiese corrido a buscarme en cuanto se hubiera dado cuenta de que la estaba ignorando. Pero no, tú eres diferente y has decidido joderme en todos los sentidos —está enfadado y dolido, es algo que puedo ver por la posición de sus hombros y su mirada. Quizás, ninguno de los dos somos tan buenos jugadores como pensábamos.

—Como ya te advertí, no soy como otras muchas mujeres —me levanto de mi asiento y me acerco a él, intentando que las piernas dejen de temblarme para poder enfrentarme al manojo de nervios que tengo ahora mismo ante mí—. Me dijiste que querías jugar y eso he hecho, no hay nada más que puedas conseguir de mí.

—Pero... No lo entiendo —Héctor da un paso atrás al darse cuenta de que no conseguirá amedrentarme, parece que al fin se ha dado cuenta de cómo soy realmente—. Pensé que si te ignoraba, que si te hacía pagar de una forma sutil tu numerito en el hotel, acabarías buscándome y podríamos divertirnos, pero está claro que tendría que haberte escuchado; no eres como las mujeres con las que suelo acostarme.

—No, no lo soy y si me disculpas, tengo mucho trabajo que hacer —estiro el brazo hacia la puerta, la cual se encuentra a unos centímetros de nosotros, y mi cuerpo roza el suyo provocando que un escalofrío recorra cada poro de su piel. Abro la puerta y, sin separarme de él, clavo mi

mirada en la suya—. Ya puedes irte.

Héctor sacude la cabeza, supongo que para intentar descubrir si lo que está viviendo es real o no, e intentando mantener el poco orgullo que le queda, abandona mi despacho sin echar la vista atrás. Una vez cierro la puerta, me apoyo en esta y dejo escapar todo el aire que he estado conteniendo. No me puedo creer que haya sido capaz de enfrentarme al gran Héctor Gutiérrez.



Los meses han pasado y la empresa ha superado con creces la campaña de Navidad, por lo que ya solo queda esperar a que este año termine para empezar el próximo con muchas más ganas y energía. En un par de noches será la cena de despedida de la oficina, donde nos reuniremos todos para desearnos lo mejor durante nuestras vacaciones y recargar fuerzas para lo que está por venir. El inicio de año siempre es duro en el mundo de la moda; nuevos modelos, nuevas marcas, nuevas metas... Pero sé que puedo hacerlo, llevo meses demostrando que soy una gran jefa y que soy capaz de llevar la revista al éxito más absoluto.

Durante este tiempo mi inexistente relación con Héctor se ha visto reducida a hablar sobre presupuestos en las reuniones, saludarnos por educación cuando nos cruzamos en los pasillos del edificio y miradas furtivas que pretendían pasar desapercibidas. No tengo muy claro qué poder tiene este hombre sobre mí, pero no he conseguido sacarlo de mi mente. La última vez que nos vimos a solas abandonó mi despacho con la cabeza gacha y el ego destrozado y pensé que todo seguiría como antes de nuestra pequeña batalla, pero nada más lejos de la realidad; nuestros corazones parecen seguir luchando por demostrar quién es el ganador.

Estoy nerviosa. Me aterra encontrármelo en la fiesta de despedida después de haber bebido demasiado y perder todo el autocontrol en el que tantos años he trabajado; con él todo parece estar a otro nivel. Sé que no hay nada entre nosotros, pero una parte de mí se culpa por no haber seguido con los juegos que él mismo había querido imponer entre nosotros. La otra se alegra de haberse alejado a tiempo de un hombre que disfruta jugando con las mujeres.

Durante este tiempo le he estado observando y no he conseguido ver en él al mismo hombre que conocí meses atrás; en la oficina ninguna mujer habla sobre haberse acostado con él, Héctor parece rejuvenecido y desprende un tipo de esencia que jamás antes había percibido. Quizás, si lo que dicen es cierto y ha dejado de verse con una mujer diferente cada noche, una parte de su alma haya empezado a salir a la superficie para mostrarnos a una nueva persona.

—Nena —la voz de mi mejor amiga me hace aterrizar de golpe y doy un pequeño brinco en mi silla, intentando que no note que estaba pensando en él—. ¿Se puede saber qué hacías?

—Nada, solo estaba pensando en qué voy a ponerme para la cena —me encojo de hombros para quitarle importancia al asunto y comienzo a ordenar los papeles que tengo sobre la mesa

para disimular mi nerviosismo.

—A mí no me la pegas y deja ya de ordenar cosas que están ordenadas —Gloria se acerca a mí con expresión preocupada y se sienta en la silla que hay frente a mí—. ¿Me vas a contar qué te pasa? Llevas unas semanas en las nubes —me encojo de hombros y sigo a lo mío, aunque tengo muy claro que no podré escapar de esta—. ¿Es porque Héctor ha vuelto a las andadas?

—¿Cómo? —una rabia que no había sentido antes empieza a crecer en mi pecho y noto como mis mejillas se calientan con rapidez. El corazón me va a cien por hora y tengo ganas de ir a buscarle y abofetearle por estar con otras mientras yo sigo aquí pensando en él.

—Nada, solo quería ver tu reacción —pillada. No sé cómo lo hace, pero siempre consigue lo que quiere—. Os he estado observando durante estos meses y algo entre vosotros ha cambiado; ahí hay algo. No sabría decir muy bien qué es, pero lo hay. ¿Por qué no os dejáis de tonterías y habláis? Quizás os sorprendéis el uno al otro.

—Gloria, todo esto empezó como un juego que no salió bien y nada más. No voy a perder mi tiempo intentando conocer a una persona de sobra conocida por todo el mundo y no precisamente por ser un buenazo. Nuestra relación, si es que tiene que existir, será estrictamente profesional y nada más.

—Pero África, ¿no te das cuenta? —alzo la mirada de mis papeles y la fijo en sus ojos, los cuales parecen desprender una luz que nunca antes había visto en ellos—. Héctor ha cambiado, ha dejado de verse con mujeres y solo tiene ojos para ti. Lo veo yo y lo ven todas. En la oficina no se habla de otra cosa; la mujer que ha conseguido bajarle los cojones al gran Gutiérrez, así te llaman.

—Yo no le he bajado los cojones a nadie —me levanto de la silla y me dejo caer en el pequeño sofá que hay a la derecha del escritorio, me gustaría que ahora mismo me tragase y me escupiese lejos de aquí—. Si él ha querido dejar su vida de mujeriego, no es cosa mía. Además, ¿desde cuándo le defiendes?

—¿De verdad no te has dado cuenta? —Gloria arrastra la silla hasta colocarla frente a mí y se inclina hacia adelante para mirarme fijamente a los ojos—. Ha demostrado ser todo lo contrario a lo que hemos visto siempre de él, que lo que hacía lo hacía simplemente por ocultar su verdadera identidad y no mostrarse a los demás. Desde que decidiste seguirle el juego y perdió ha cambiado. Debajo de todo lo malo que mostraba se escondía una persona aparentemente increíble, tendrías que oír como hablan todos de él. Necesitaba a alguien que le hiciese ver que su fachada no estaba funcionando y, amiga mía, esa persona eras tú.

—¿Yo? ¿Qué se supone que he hecho yo? —me encojo de hombros e intento ocultar la sonrisa que lucha por emerger de mis labios, la verdad es que me gusta la faceta que he visto de Héctor durante estos meses y eso ha provocado que me sea más complicado alejarlo de mi mente.

—Frenarle los pies, demostrarle que no puede tenerlo todo con solo chasquear los dedos. Se lo has puesto difícil y eso parece haber calmado a la bestia —me encojo de hombros de nuevo, intentando quitarle importancia y deseando que se vaya para poder respirar con normalidad de nuevo—. África, te gusta, y por cómo te mira desde la distancia está claro que tú a él también, deja el miedo y el orgullo a un lado y date la oportunidad de ser feliz.

—Si lo que dices fuera cierto, no me habría estado evitando y hablando conmigo solo en ocasiones estrictamente necesarias. ¿Sabes? Creo que sigue jugando y no voy a ser yo quién continúe su partida, no me gustó nada cómo me sentí aquella noche y mucho menos me gusta cómo me siento ahora —Gloria niega con la cabeza y yo dejo escapar el aire que he estado

conteniendo, necesito que esta conversación termine cuanto antes—. Ya no soy una niña y tengo cosas más importantes en las que centrarme que estar pensando en cuál será su siguiente movimiento.

—Heriste su orgullo, en tus manos está ahora repararlo.



La cena de Navidad ha llegado y en estos dos últimos días no he podido dejar de pensar en las palabras de Gloria. He observado a Héctor cada vez que he tenido ocasión y siempre le he pillado mirándome con una sonrisa, la cual desaparecía en cuanto nuestras miradas se cruzaban. Durante estos días he notado comportamientos muy distintos en él hacia mí; no me mira directamente cuando tiene que hablarme de la empresa, roza mis manos cada vez que tiene ocasión al entregarme algunos documentos y parece que el ascensor siempre está lleno cuando tenemos que compartirlo, provocando que nuestros cuerpos queden bien pegados el uno al otro. Creo que me estoy obsesionando.

Una parte de mí, la que aún conserva la ilusión por las cosas, se muere por hablar con él y ver a dónde podríamos llegar, averiguar si es cierto que entre nosotros hay algo que todavía no hemos descubierto. La otra me repite una y otra vez que lo deje estar, que no hemos tenido nada y que es mejor que siga siendo así, que me evite problemas y siga a lo mío como he hecho en los últimos años.

Me miro al espejo por última vez antes de salir de la habitación y enfrentarme a las críticas de Gloria. Ella quería que me vistiese para matar con un vestido rojo que tiene un escote de infarto y una raja en el costado izquierdo de la falda que poco deja a la imaginación y así hacer, según ella, que Héctor caiga rendido a mis pies nada más verme, pero yo me he decantado por algo menos llamativo y mucho más cómodo.

Nada más salir de la habitación me encuentro con la mirada asombrada de Gloria y observo mi vestuario para asegurarme de que voy vestida con unos pantalones negros pitillo, un top

morado de manga larga que no me cubre el ombligo pero que es muy elegante y unos zapatos de tacón del mismo color en vez del vestido que ella había dejado en mi habitación. La miro extrañada y ella sonríe, negando con la cabeza.

—Te pongas lo que te pongas, siempre consigues dejar a todo el mundo sin palabras. Por mucho que lo intentes, no vas a conseguir deshacerte de él tan fácilmente. Se ha metido en tu cabeza y eso es algo que no vas a poder controlar.

Ignoro sus palabras y la cojo del brazo para tirar de ella hacia la salida del apartamento; si seguimos así llegaremos tarde como siempre. La cena se celebra en un restaurante muy lujoso de Madrid. Roberto ha reservado toda una sala para nosotros y estoy deseando reencontrarme con él. Desde que me dieron su puesto y le ascendieron a director general, lo único que hemos intercambiado han sido unos cuantos emails y empiezo a echar de menos sus inspiradoras charlas.

Al llegar lo primero que me encuentro es a Héctor bajando de su moto y, nada más quitarse el casco, nuestras miradas se encuentran. Ahora mismo me cuesta respirar. Va vestido con un jersey gris que se ajusta a su pecho, unos pantalones negros y unas zapatillas que no son ni de vestir ni deportivas; creo que es la primera vez que le veo sin traje y he de reconocer que no sé cómo me gusta más. Noto como sus ojos me recorren de arriba abajo y no puedo evitar sonrojarme, cosa que parece hacerle sonreír. Nos saluda con un movimiento de cabeza y entra en el restaurante sin volver la vista atrás.

—¿Y me vas a decir tú a mí que no hay nada entre vosotros? —Gloria me agarra del brazo y tira de mí hacia el interior, ya que parece que mis pies han decidido quedarse anclados al suelo —. Vamos, esto no puede quedar así.

Juntas, entramos en el restaurante y pronto nos encontramos con la bienvenida de todos nuestros compañeros y de Roberto, quien se acerca a mí como si llevásemos veinte años sin vernos y me abraza con todas sus fuerzas. Durante varios minutos hablamos de cómo nos ha ido todo durante estos meses y me alegra saber que él se siente mucho mejor manejando gran parte de la empresa y no solo una sección, la verdad es que se merece todo lo que está recibiendo.

Pasados unos minutos, tomamos asiento en los lugares que nos han sido asignados previamente y nada más alzar la vista me encuentro con los penetrantes ojos de Héctor. ¿De verdad tengo tan mala suerte que han tenido que sentarlo justo en el punto de mira? Al menos, dentro de lo malo, no compartimos mesa. Intento seguir la conversación de mis compañeros, pero no puedo evitar sentirme incómoda al notar sobre mí la mirada del hombre que parece haberse colado en mis pensamientos para amargarme la existencia.

Me disculpo y me dispongo a ir al baño para alejarme, al menos por algunos instantes, de su mirada, pero parece que la vida no me lo quiere poner tan fácil. Nada más abandonar la sala noto una presencia detrás de mí y, al girarme, me encuentro con la tímida y nerviosa sonrisa de Héctor. Parece un adolescente en su primera cita, rascándose la cabeza y moviendo una de las piernas con nerviosismo. No puedo evitar perderme en sus ojos, esos que parecen empezar a mostrar una parte de él que jamás antes había mostrado a nadie.

—África, quería disculparme por cómo me comporté contigo al principio, no estoy acostumbrado a que las mujeres corran en dirección contraria —sus palabras me llegan como una jarra de agua fría en un caluroso día de verano. No me esperaba algo así viniendo de él, jamás me habría podido imaginar que Héctor fuese capaz de hablar con tanta sensatez y sinceridad—. Sé que tengo fama de capullo, yo mismo me la he buscado, pero a veces vale más proteger el corazón que dejarlo a la vista de todos. Era cierto lo que te dije el día del hotel, me apetecía pasar

un rato contigo y me sigue apeteciendo; si me lo permites, claro.

—Yo... no sé qué decir la verdad —me siento estúpida ahora mismo, no entiendo por qué actúo así. ¿Dónde está esa chica fuerte y poderosa que puede enfrentarse a cualquier cosa?

—Déjame invitarte esta noche a una copa, aquí mismo si te sientes más cómoda rodeada de gente a quien conoces, hablemos y conozcámonos mejor —sus dedos rozan los míos cuando acerca su mano para acariciarme y un escalofrío recorre mi cuerpo—. Sabes tan bien como yo que entre nosotros hay algo más que química y creo que tendríamos que dejarnos llevar y descubrir qué es.



Todavía no sé cómo he accedido a esto pero aquí estoy, esperando a un lado mientras los que han decidido irse a casa se despiden para irme a tomar una copa con Héctor. Gloria ha puesto el grito en el cielo en cuanto he vuelto del baño y se lo he contado, algo que ha llamado la atención del resto de nuestros compañeros de mesa. He tenido que calmarla como he podido para no armar un escándalo y que todos se diesen cuenta de lo que estaba pasando, a veces no entiendo de dónde saca tanta energía.

Le he pedido a Héctor irnos a otro sitio, aunque es cierto que me sentiría más cómoda estando rodeada de toda esta gente a la que conozco, no creo que sea la mejor idea; no quiero que empiecen las habladurías en la oficina. Iremos a un sitio cercano, al que puedo ir andando y del que puedo escapar con facilidad si lo necesito.

Me despido de Gloria, que ha accedido a quedarse en el restaurante con los demás por si necesito que me salve y, cuando veo que nadie va a reparar en mi ausencia, me escabullo del local para dirigirme calle abajo hacia el pub donde he acordado encontrarme con Héctor.

Estoy nerviosa, eso es algo que no puedo negar, pero no pienso permitir que el señor Gutiérrez se percate de ello. Me tomaré una copa con él, le dejaré muy claro lo mismo que le he estado demostrando durante los últimos meses, y volveré al restaurante para irme al apartamento con Gloria. Fácil.

Entro en el establecimiento y me dirijo a la barra. Por lo que veo hay muchos reservados disponibles, pero no voy a darle a Héctor el gusto de tenerme en un espacio tan reducido y con tanta privacidad. Tomo asiento y pido un *sex on the beach*; muy apropiado todo. Según pasan los minutos mis nervios van aumentando y empiezo a desesperarme; el muy hijo de puta me ha dado plantón.

—No era mi intención hacerte esperar, tu amiga me ha interceptado en el restaurante —doy un pequeño respingo al escucharle tan cerca de mí y me alejo unos centímetros antes de mirarle—. He de reconocer que tiene carácter.

—Así es Gloria —pienso matarla, a saber qué le ha dicho o con qué le ha amenazado. La verdad, prefiero no saberlo.

—Me alegro de que hayas accedido a tomar algo conmigo, he tenido mis dudas de encontrarte aquí cuando he recorrido todo el pub y no te he visto en ninguna mesa —Héctor se sienta a mi lado y pide un *alexandra*, algo que me sorprende.

—Soy una mujer a la que le gusta sentarse en la barra antes que en un reservado —le sonrío de medio lado y me llevo la copa a los labios, me siento más relajada de lo que pensaba.

—No te fías de mí, ¿verdad? —Héctor acerca su copa a la mía cuando se la sirven y hace que

se entrechoquen para beber poco después.

—¿Tengo motivos para hacerlo? —traga con dificultad y disimula una tos, está claro que no se esperaba esa respuesta por mi parte.

—Empecemos de nuevo, ¿te parece? —le miro confusa cuando se levanta y extiende su mano en mi dirección, esperando que la estreche—. Soy Héctor, un capullo integral reformado que espera que le des una oportunidad —tras su comentario, aprieto su mano sin poder contener la risa y vuelve a sentarse a mi lado, pero esta vez dejando algo más de distancia entre nuestros cuerpos.

El resto de la noche pasa tranquila mientras hablamos de banalidades y de cómo llegamos a la empresa, de los puestos que hemos ido escalando hasta llegar donde estamos. No sé cuántas copas hemos tomado, pero empiezo a notar que ha llegado el momento de parar si no quiero tirar por tierra todos mis esfuerzos de no dejar que se meta en mis bragas. Héctor parece más relajado de lo que nunca antes le he visto y temo bajar la guardia, por lo que le informo de mi intención de volver al restaurante para irme a casa.

—¿Estás segura de qué quieres volver? Puedo llevarte, no me cuesta nada.

—No creo que sea buena idea montarme en una moto ahora mismo, apenas puedo mantenerme en pie.

—Normal, has estado bebiendo sin parar para evitar mirarme a los ojos —Héctor se planta frente a mí y alza mi barbilla con sus dedos, lo que provoca que los nervios que habían desaparecido vuelvan a mi cuerpo. Me alejo abruptamente de él, pero Héctor vuelve a acercarse—. Nunca haré nada que no quieras hacer y, por descontado, intentaré que siempre te sientas cómoda, pase lo que pase entre nosotros —acercándose de nuevo, me sorprende al besar mi frente con una dulzura que jamás hubiese esperado de un hombre como él—. Te acompaño al restaurante.

—Está bien, dejaré que hagas eso —empezamos a caminar y Héctor se echa a reír, mirándome fijamente.

—¿Me dejarás?

—Por si aún no te has dado cuenta, la que tiene la sartén por el mango en lo que sea esto que acabamos de empezar, soy yo.

—Me parece bien, pero espero que me des la oportunidad de demostrarte que en una relación, puede haber dos personas alfa.



Ha pasado una semana desde mi no cita con Héctor y no hemos vuelto a quedar a solas. Estos últimos días, aunque ya estamos de vacaciones, los hemos tenido que dedicar a dejar cerrados los presupuestos de este año para empezar el siguiente con las cuentas totalmente limpias y en orden para los gastos y beneficios que vayan a venir.

Gloria ha estado de lo más pesada, aunque por suerte se ha ido de viaje hace media hora a casa de sus padres en Galicia para pasar allí las Navidades. No me hace especial ilusión quedarme sola en Madrid durante estas fechas donde parece que las emociones se acentúan, pero al menos estaré tranquila sin su insistente idea de que tengo que acostarme con Héctor antes de que acabe el año.

La parte más loca de mí piensa: ¿por qué no? Es un puto Dios y según dicen es la hostia en la cama, pero la más racional me grita: ¿por qué sabes que es la hostia? Porque se ha tirado a toda la oficina, aléjate de eso, no seas una más.

Mis pensamientos se ven interrumpidos por el timbre y abro sin pensar, supongo que Gloria se habrá dejado algo y, como siempre, ni se ha molestado en buscar las llaves. Pulso el botón para abrir la portería y espero tras la puerta hasta que escucho el ascensor para abrir y enfrentarme a ella.

—Sé que me vas a echar de menos, pero no hace falta que...

Mis palabras se ven interrumpidas al encontrarme a Héctor frente a mí, en chándal y deportivas, y sujetando dos cajas de pizza enormes y algunas de aperitivos amontonadas. Tiene el pelo revuelto y mojado, como si acabase de ducharse no hace mucho, y está para comérselo.

—¿Qué haces tú aquí? —le miro de arriba abajo y me devuelve la mirada dibujando una sonrisa de lo más pícaro en sus labios, lo que me hace darme cuenta de que solo llevo una camisa que uso de pijama sobre la ropa interior. Me cubro rápidamente e intento esconderme tras la puerta, pero Héctor lo impide al entrar al apartamento y cerrar la puerta tras él—. ¿Se puede saber qué haces?

—Traerte la cena y hacerte compañía, Gloria me ha dicho que te quedabas sola y que estas fechas eran algo duras para ti.

—Gloria te ha...

—Tranquila, no me ha dicho por qué, simplemente que creía que algo de compañía te iría bien —Héctor se mueve por el apartamento como si no fuese la primera vez que viene y se sienta en el sofá, dejando las cajas sobre la mesa auxiliar que hay frente a él. No tengo ni idea de cómo actuar, ni siquiera de cómo debería reaccionar—. ¿Vas a venir a cenar? Te prometo que no muerdo.

—Creo que... Creo que... —sacudo la cabeza para aliviarme de la impresión y me aclaro la garganta, no puedo permitir que vea lo mucho que me ha afectado su inesperada visita—. Será mejor que vaya a cambiarme.

—Como te sientas más cómoda, pero a mí no me molesta.

Niego con la cabeza ante su descarada sonrisa y me dirijo a mi habitación para ponerme unos pantalones, tampoco pienso vestirme en mi propia casa. Vuelvo al salón y me sorprende encontrarme con Héctor sintiéndose tan cómodo, esperándolo pacientemente para empezar a cenar. Me siento a su lado, dejando bastante distancia entre nosotros, y alargo el brazo para coger una porción de pizza.

—Esto es muy raro —le confieso mientras me acomodo cruzando las piernas sobre el sofá y sonrío al ver que saca una botella de vino de una bolsa que no había visto hasta ahora—. ¿Vino con la pizza?

—Que poco sabes de la vida, pequeña... —Héctor se levanta con la botella de vino y me mira fijamente—. ¿Prefieres vaso o copa?

—Copa, bastante raro es esto ya como para beber vino en vaso —me mira y se echa a reír, mirando a su alrededor poco después—. Las tienes en el primer armario nada más entrar a la cocina —Héctor asiente y se dirige hacia donde le he indicado, es increíble lo confiado que se siente. Estoy viendo a una persona que jamás hubiese imaginado que podía habitar dentro de él.

—¿Qué es raro? —me ofrece la copa tras servir el vino y vuelve a sentarse junto a mí.

—Todo esto, que estés aquí como si fuese algo normal y habitual entre nosotros, que me hayas traído la cena, el vino con la pizza...

—¿Nunca has pasado tiempo con amigos? —alzo una ceja y Héctor me mira, esperando una respuesta que no va a llegar—. Me refiero a amigos varones.

—Nunca he sentido la necesidad de compartir mi tiempo y mis energías con personas que tarde o temprano iban a aprovecharse de mí.

—¿Crees qué estoy aquí por eso? ¿Para aprovecharme de ti?

—Creo que tus intenciones van más allá de hacerme compañía.

—Hagamos un trato —Héctor se acomoda en el sofá para quedar sentado de frente a mí y extiende su mano en mi dirección—. No pienso acercarme a ti a menos que tú me lo pidas. Seremos amigos y estaré contigo estos días, yo tampoco tengo a dónde ir durante las fiestas.

—¿Y tu familia?

—Algún día te hablaré de ellos —sacude la mano frente a mí, supongo que intentando restar importancia a la conversación que acaba de salir a la luz—. Vayamos a lo importante, ¿aceptas mi trato? —miro su mano, pensativa, y me encojo de hombros mientras se la estrecho. ¿Qué puede salir mal?

—Acepto.



Al levantarme, me sorprende ver que son más de las doce del mediodía, nunca suelo despertarme tan tarde, supongo que la charla y las copas de vino de anoche tienen mucho que ver. Me dirijo al baño para desenredarme el pelo y lavarme los dientes como cada mañana y voy a la cocina para preparar café, pero lo que me encuentro en el salón provoca que me sobresalte. Lo había olvidado; Héctor ha pasado aquí la noche.

Me apoyo en el marco de la puerta y le observo sin poder contener una sonrisa; parece una persona totalmente distinta cuando duerme. Es cierto que desde nuestro juego fallido he visto a un Héctor diferente al que creía conocer, pero esto es totalmente nuevo. Me acerco con cuidado de no despertarle y coloco una manta sobre su cuerpo. Es gracioso verle dormir en el sofá, el pobre parece un oso en una caja de cartón.

Cierro la puerta de la cocina para no hacer ruido y despertarle mientras preparo café y algo rápido para comer, no tiene mucho sentido hacer un desayuno copioso cuando en breve va a ser hora de comer. Una vez salgo de la habitación con dos tazas humeantes, me acerco de nuevo a Héctor y le pongo una de ellas frente a la nariz.

—El desayuno —canturreo mientras río al ver cómo se despereza, entre él y un bebé no hay ninguna diferencia.

—Vaya, gracias —Héctor se sienta y acepta el café que le ofrezco, dándole un sorbo y dedicándome una sonrisa.

—Te dije que podías dormir en la habitación de Gloria —dejo mi taza sobre la mesa y corro a la cocina para coger las tostadas, la mantequilla y diferentes tipos de mermeladas. Lo dejo todo sobre la mesita del comedor y me siento junto a Héctor.

—Se me pasó por la cabeza, pero no sé cómo acabé quedándome dormido mientras respondía unos emails —vuelve a sonreír y tengo que apartar la mirada, si sigue así al final no podré seguir controlándome.

—¿Qué hacías respondiendo emails en vacaciones? —me echo a reír y me sirvo una tostada con mantequilla y mermelada de melocotón; mi favorita.

—Eso mismo me pregunto yo, todavía no he aprendido a dejar de trabajar —Héctor me mira y se le escapa una pequeña risa, no entiendo por qué se ríe hasta que extiende su mano hacia mis labios y me limpia la mermelada que se ha quedado pegada en ellos—. Perfecta...

Héctor se lleva el pulgar a la boca y lo introduce en esta para limpiarlo de la mermelada que ha retirado de mis labios. Creo que nunca antes había visto a un hombre hacer algo tan sensual y no soy capaz de apartar mi mirada de la de él mientras lo hace. Una parte de mí me pide que acabe ya con esta tortura, ¿qué puedo perder? Y, por primera vez en mucho tiempo y quizás porque empiezo a sentirme muy cómoda, me dejo llevar.

Retiro la mano de sus labios y la poso sobre mi pierna, dejando claros los límites que quiero que respete. Héctor no aparta la mirada de mí y la alterna entre mis labios y mis ojos, hasta que por fin me acerco lo suficiente a él para que nuestras bocas se unan. Sorprendiéndome, el beso es

lento, apenas un roce, como si nuestros labios necesitasen conocerse antes de seguir adelante.

Cuando Héctor se separa de mí y acaricia mi pelo con suavidad, colocándolo tras mi oreja, me sorprende que no haya intentado ir más allá.

—No me puedo creer que vaya a decir esto, pero será mejor que paremos o esto acabará mal —se ha sonrojado y me parece de lo más tierno, por lo que extendiendo la mano en su dirección y la coloco en su pecho, sintiendo los latidos de su corazón golpear contra este.

—Gracias.

—¿Por qué?

—Por entender que no siempre los hombres tienen que tener el control.



Tras nuestro pequeño avance, hemos acordado darnos una ducha, por separado claro está, e ir a pasar el día al centro para disfrutar de la decoración de Navidad y de todos los puestos de comida y artesanales que seguramente ya están colocados en la zona de Gran Vía.

Jamás esperé llegar a hacer un plan así con Héctor, pero aquí estoy, preparándome para ir a pasar el día fuera dando un paseo, comer en algún restaurante con ambiente navideño, volver al apartamento y ver una película... Hay muchas posibilidades y todas y cada una de ellas me apetecen.

Una vez estoy lista, vestida con unos tejanos, un jersey de lana de color azul cielo y mis botas de tacón negras, salgo al salón para encontrarme con Héctor vestido con el mismo chándal.

—Creo que no habíamos pensado en esto —le miro de arriba abajo y me río, dándome cuenta de que no tenía mucho sentido que se duchase en mi casa sin tener ropa de recambio.

—Las ganas a veces pueden más que la cordura —Héctor se encoge de hombros y me extiende el abrigo, esperando a que me lo ponga—. ¿Te importa que vayamos al hotel y coja algo de ropa?

—¿Es esto un truco para llevarme a tu terreno? —paso por su lado dándole un pequeño empujón y abro la puerta conteniendo una sonrisa.

—Nena, te he tenido a punto de caramelo, no me hagas hablar.

El camino al hotel lo hacemos en *Uber* y en un silencio de lo más reconfortante. Hacía años que no disfrutaba de estar junto a una persona sin articular palabra, sin la necesidad de hacerme valer o escuchar, y he de reconocer que es muy satisfactorio. Con Héctor todo parece ser así de fácil, al menos ahora, y me siento bien conmigo misma al haberme atrevido a bajar un poco las barreras que impuse cuando me alejé de Sergio para poder dejarle entrar a él.

—Puedes esperarme aquí si te sientes más cómoda, aunque ya conoces mi habitación —su invitación me sorprende y es por lo que niego con lentitud, ofreciéndole mi mejor sonrisa.

—Te acompaño, no vaya a ser que te me pierdas por el camino si se te cruza alguna doncella del hotel.

—Tienes muy mal concepto de mí, sabes que solo tengo ojos para ti.

—Me lo creeré cuando lo vea.

No sé cuánto rato llevo esperándole, parece que Héctor necesita su tiempo para arreglarse;

nunca me había encontrado con un chico así. Mientras espero, camino distraídamente por la habitación del hotel. Es de esas típicas *suites* que parecen más un pequeño apartamento y, por lo que puedo observar, Héctor ha decidido darle su toque personal con algunas fotografías donde aparece en distintos lugares y algunas donde aparecen quienes supongo que son su familia. En una de ellas en concreto, aparece cogiendo en brazos a una niña rubia de ojos muy azules que sonríe ampliamente, mostrando su boca mellada. Sonrío sin poder evitarlo, es una imagen de lo más tierna.

Quizás sea una estupidez, pero ahora mismo me siento un poco más cerca de la persona que es Héctor en realidad. Decido sentarme en un pequeño sofá y así dejar de hurgar en su intimidad, ya he visto suficiente por hoy y hay cosas que prefiero que me cuente él si lo cree necesario.

Cuando por fin Héctor hace su aparición vestido con unos tejanos y un jersey de color gris ajustado que le queda como un guante, no puedo evitar mirarle fijamente.

—¿Qué pasa? Desde ayer me miras de forma extraña —pasa por delante de mí y se dirige a una cómoda de dónde saca unos calcetines que se pone sentándose en la cama para después ponerse unas deportivas blancas de marca *Fila*.

—Me choca verte sin traje, eso es todo —me encojo de hombros restándole importancia a su comentario, no quiero que se dé cuenta de que me ha dejado sin habla.

—Pues todavía no has visto lo mejor —se acerca a mí y me extiende la mano para ayudarme a levantarme y se dirige hacia la puerta esperando a que le siga—, no me has visto desnudo.

—Anda tira, idiota.



Paseamos durante horas por el centro, ni siquiera sé cuánto rato llevamos en la calle, he perdido la noción del tiempo mientras caminábamos, hablábamos, reíamos... Es increíble la facilidad que tiene Héctor de hacerme sentir bien; de hacerme sentir segura. Hemos parado a comer en un bar de tacos al que nunca había ido y he de decir que he quedado encantada. No sé todo lo que he comido, pero he probado casi toda la carta. Héctor se ha mostrado de lo más ligero y no con ese peso que siempre parece acarrear sobre sus hombros en la oficina. Verle así de relajado, me hace pensar que quizás no sería tan mala idea darle una oportunidad.

—¿Puedo? —miro a Héctor sin entender a qué se refiere, he estado demasiado sumida en mis pensamientos. Cuando mueve su mano extendida frente a mí, mi confusión crece todavía más.

—¿Necesitas algo? —sigo mirando su mano extendida, estamos en medio de la calle y no creo que su intención sea ponerse a bailar.

—Pregunto si puedo cogerte de la mano, ¿a dónde habías ido? Parecías muy lejos de aquí —se ríe y no puedo evitar sonreír, asintiendo mientras entrelazo mis dedos con los suyos. Me parece un acto muy tierno que me pida permiso para algo tan simple como eso, por lo que veo es posible amansar a las fieras.

—Simplemente pensaba —Héctor aprieta mi mano con cariño y seguimos caminando, está empezando a oscurecer y empieza a hacer algo de frío—. Quizás podríamos ir a comprar algo y cocinar en mi apartamento si te apetece.

—Es el mejor plan que me podías proponer.

De camino al apartamento, nos paramos en un Mercadona y compramos varias cosas para hacer una cena de picoteo además de un vino tinto que según Héctor es el mejor que ha probado en su vida. No sé a cuánto asciende la compra, él es más rápido e inteligente y me envía a buscar algo que se le ha olvidado mientras espera en la cola y, para cuando vuelvo, todo está pagado y metido en bolsas.

—¿Vas a seguir de morros todo el camino? —desde que hemos salido del supermercado he estado enfurruñada, no me gusta que paguen por mis cosas.

—Es que no tenías que pagar la compra.

—Y tú no tienes por qué invitarme a tu apartamento a cenar.

—No es lo mismo.

—Sí lo es —Héctor se para frente a mí y me acaricia la mejilla con la mano que tiene libre, obligándome a mirarle—. Además, siempre puedes pagármelo en carne.

—Eres imposible.

Me río mientras le empujo y seguimos caminando y bromeando hasta llegar al apartamento.

Una vez allí, Héctor empieza a dar vueltas por la cocina y a ponerme nerviosa mientras empiezo a preparar una masa de hojaldre para hacer cruasanes de jamón y queso, por lo que tengo que pedirle que se vaya al comedor y me deje sola. Al principio protesta un poco porque quiere ayudar, pero al final acaba cediendo.

Me pongo manos a la obra y mientras los cruasanes se van haciendo en el horno, preparo una tabla de quesos y una de embutidos, además de tostadas con queso crema de diferentes sabores. Al ver que ha sobrado algo de hojaldre, decido hacer unas mini pizzas de queso que también dejo en el horno y me dispongo a poner la mesa.

—Con esto sí puedo ayudarte, ¿no? —Héctor se acerca a mí y me roba un rápido beso antes de dirigirse a la cocina y empezar a rebuscar en los armarios y cajones todo lo necesario. Tardo un momento en reaccionar y, para cuando lo hago, he de correr a la cocina para evitar que se queme lo que se está cocinando en el horno.

Héctor acaba de poner la mesa mientras yo sigo dedicándome a preparar en diferentes platos y bandejas lo que he cocinado y, cuando está todo listo, nos sentamos juntos en el sofá para disfrutar de la cena y la compañía. Cada vez se me hace más fácil estar así con él; sin presiones, sin nervios, sin miedos... A veces sí que hay que dar segundas oportunidades a las personas.



Ha pasado una semana desde que Héctor se presentó en mi casa gracias a la llamada de Gloria y no nos hemos separado ni un momento. Él se sigue quedando a dormir conmigo, aunque lo hace en la otra habitación y yo cada vez estoy más segura de querer estar con él en todos los sentidos. Hemos ido dando pequeños pasos en nuestra relación y, aunque no es oficial, hemos decidido intentarlo. Con calma, sin prisas y sin presiones, cada uno a su ritmo pero estando juntos.

Mañana es Navidad y Héctor me ha prometido una sorpresa, aunque le he dicho en muchas ocasiones que no es necesario que me regale nada. Él ha insistido, así que yo también le tengo algo preparado, aunque se lo daré esta noche tras la cena. En cuanto Héctor se ha marchado al hotel a coger algo más de ropa y a arreglar unos asuntos, me he vestido y he salido corriendo hacia el centro con la esperanza de encontrar las tiendas abiertas. Siendo veinticuatro por la tarde, creo que va a ser un poco complicado.

Al llegar y verlo todo cerrado empiezo a ponerme nerviosa, pero me doy una palmadita mental al recordar el primer regalo de Héctor cuando nuestra no relación empezó. Aunque yo lo tiré después de mi fallido plan, estoy segura de que Gloria lo guardó a buen recaudo por si llegaba el día en que me arrepentía y lo necesitaba; querida amiga, ese día ha llegado. Emprendo el camino de vuelta a casa mientras busco el teléfono en mi bolso y marco el número de la que estoy segura será mi salvadora.

—¿Ya habéis follado?

—¡Gloria!

—¿Qué? Lleva más de una semana en el apartamento y aún no he recibido actualizaciones picantes.

—Eres de lo que no hay, en serio.

—Bueno, entenderé eso como un no, ¿a qué se debe tu llamada entonces?

—¿No puedo llamar a mi mejor amiga para felicitarle las fiestas? —pongo los ojos en blanco, a veces es difícil hablar con ella.

—Me has enviado un mensaje esta mañana, no cuela. Desembucha.

—Está bien, ¿acaso me has parido para conocerme tan bien?

—No, pero como si lo hubiese hecho. Suéltalo ya, me estás poniendo nerviosa —puedo notar el nerviosismo en su voz, sé que si la tuviese delante me estaría sacudiendo agarrándome por los hombros.

—¿Qué hiciste con el regalo de Héctor?

—¿El picardías?

—Sí, el... —miro a mi alrededor, esperando que nadie pueda oírme pero hay demasiada gente a mi alrededor—. Eso.

—¿Para qué coño quieres el picardías ahora?

—¡Gloria!

—Solo quería oírte decir que por fin te vas a bajar las bragas con él.

—Gloria, si no vas a ayudarme mejor...

—Vale, vale —la escucho reírse al otro lado de la línea y tengo que inspirar con fuerza para no mandarla a la mierda—. Guardé la caja en el fondo de tu armario, bajo algunas bolsas con la ropa que siempre dices que vas a donar y nunca lo haces.

—Gracias, eres mi ángel.

—Prefiero ser el demonio que susurra maldades en tu oído, pero ya me lo agradecerás. Pásalo en grande y depílate bien, ¡no te olvides!

Antes de poder contestarle alguna burrada, ya me ha colgado. Miro el móvil negando con la cabeza y sonriendo, a veces no sé qué haría sin ella. Vuelvo al apartamento y me dirijo a la ducha con rapidez, no tengo mucho tiempo antes de que Héctor vuelva del hotel. A pesar de lo que me ha recomendado Gloria, siempre he sido una mujer previsora y nunca tengo ni un mísero pelo en el cuerpo; nunca sabes qué puede pasar.

Una vez salgo de la ducha, me visto con la lencería que Héctor me regaló, una prenda conjunta de color negro y de muy buen gusto, para después ponerme un vestido ajustado de color gris que me cubre hasta las rodillas. Hemos decidido ir a cenar fuera y, siendo Nochebuena, me apetece arreglarme algo más de lo habitual. Me plancho el pelo hasta dejarlo completamente liso y me recojo la parte delante con una pequeña pinza que ajusto en la parte trasera de mi cabeza. Me maquillo como es habitual en mí; un poco de rímel y colorete y completo mi modelito con unas botas negras de tacón altas. Tengo intención de quedarme solo con ellas y el picardías, así que le darán un efecto más sensual a mi regalo.

Héctor llega unos minutos más tarde y, tras tener que cerrarle la boca para que no se le caiga la baba, nos dirigimos al lugar en el que ha hecho la reserva para cenar. Cuando me doy cuenta de que estamos frente al restaurante *Bibo*, me niego en rotundo a entrar.

—Vamos, será una nueva experiencia —Héctor toma mi mano e intenta tirar de mí hacia el interior, pero opongo toda la resistencia que puedo.

—Esto es demasiado, es uno de los restaurantes más caros de Madrid —le miro fijamente intentando que entienda que no voy a dejarme comprar de esta manera, ya son varias veces en las que suelta el dinero como si no fuese algo valioso, importante y necesario.

—África, conozco al chef y, además, hay algo que no sabes de mí —besa mi frente con dulzura y me sonríe—. Puedo permitirme venir aquí al menos cuatro veces al mes si quiero.

—A parte de trabajar en la empresa, ¿traficas con droga o cómo va esto?

—Soy un gigoló de lujo —le doy un manotazo en el pecho y empieza a reírse, pero deja de hacerlo cuando se da cuenta de que yo no lo hago—. A parte de trabajar en la empresa, poseo más de una cuarta parte de ella.

—¿Eres uno de mis jefes?

—No, soy uno de tus dueños.

—Héctor —le miro fijamente e intentando mantener una expresión seria, aunque he de reconocer que me es complicado cuando me mira con gesto asustadizo—. Eres un idiota.

—Gracias, me lo has dicho en más de una ocasión en los últimos días —vuelve a tomar mi mano y la besa, arrastrándome hacia el interior del local—. Sé cómo eres y que te conformarías

con cenar en una hamburguesería, pero me apetecía darte algo que te merezcas de verdad.

—No era necesario...

—Por lo que estoy viendo no te han tratado bien y yo pienso tratarte como la reina que eres —me da un beso rápido en los labios y no puedo evitar sonreír—. Ahora vamos, nos están esperando.



He de reconocer que la cena ha sido increíble, aunque más de una vez he tenido que hacer el esfuerzo de no pensar en el dineral que costaba cada bocado que me llevaba a la boca. Me he decidido por un brioche de pollo frito, un millojas de queso y foie y el salpicón de bogavante. Héctor me ha estado hablando de su familia, de su hermana pequeña, de que todos viven en Irlanda por el trabajo de su madre, de cómo heredó parte de la empresa tras la muerte de su padre... Me ha dejado conocerle un poco más y me ha encantado ver esa parte más humana de él.

Me he sentido tentada a contarle mi historia, lo que viví con Sergio, que mi madre, la única persona que tenía en mi vida, falleció hace años dejándome sola en el mundo, mis miedos, mis inseguridades... Pero no lo he creído oportuno ni necesario. Son cosas que forman parte de mi pasado y allí quiero que se queden, no veo necesidad de revivirlas.

Al terminar la cena y después de que Héctor cruce algunas palabras con el chef, salimos del local y tengo que refugiarme en mi abrigo; la temperatura ha caído drásticamente en las dos horas que hemos pasado dentro del restaurante. Héctor agarra mi mano, algo que parece que ha cogido por costumbre y que me hace sentir protegida, y empezamos a caminar sin rumbo.

—¿Qué te apetece hacer? —Héctor se detiene y me mira, me gusta que me pida opinión sobre lo que hacer—. ¿Una copa? ¿Volvemos al apartamento? ¿Te dejo allí y me voy al hotel?

—La verdad es que estoy helada, así que si te parece podemos volver al apartamento, los dos, y te doy tu regalo.

—¿De verdad me has comprado un regalo? —Héctor me mira con sorpresa, supongo que no se lo esperaba.

—Bueno, más que comprar, es algo que quiero darte.

—Pues entonces corramos, ahora tengo demasiada curiosidad.

Sin esperármelo, Héctor tira de mí y empezamos a correr. No puedo dejar de reír mientras va sorteando a la gente que nos encontramos de frente y los tacones no me ayudan a mantener el equilibrio, pero me siento más viva que nunca. Al final tengo que pedirle que pare o acabaré con un tobillo roto o echando los pulmones por la boca. El resto del camino lo hacemos a paso lento, disfrutando del paseo y del ambiente navideño, aunque una parte de mí está deseosa por llegar.

Al hacerlo, nos deshacemos de nuestros abrigos y nos servimos dos copas de vino; voy a necesitar estar un poco achispada para hacer lo que tengo en mente. Nunca he sido una persona retraída ni pudorosa, pero desde lo ocurrido con Sergio he guardado mucho las distancias con el género masculino. También he de reconocer que por muy cómoda y segura que me sienta con Héctor, una parte de mí sigue teniendo miedo a lo que pueda acabar pasando. Me cuesta pensar

que no todos los hombres son como Sergio, aunque en el fondo sé que no lo son.

Tengo que aprender a diferenciar quién sí y quién no, a las personas que realmente merecen un hueco en mi vida de las que simplemente llegan para dejar una mancha oscura, a aquellos que decidan quedarse a mi lado a pesar de mis defectos y de los suyos e intenten mejorar día a día de los que solo pretendan destruirme o arrastrarme con ellos a su oscuridad. Ha llegado el momento de volver a abrir mi corazón sin miedo a ser manipulada, sin temor a tener que salir corriendo para poder huir. Y no sé por qué, pero estoy convencida de que Héctor es la persona idónea para dar ese paso.

—Ahora vengo, ¿vale? —me levanto del sofá intentando que no me tiemblen las piernas por el vino y los nervios—. No tardo.

—¿A dónde vas pequeña? —Héctor intenta levantarse para acompañarme o ayudarme por si lo necesito, pero le obligo a sentarse posando mis manos sobre sus hombros.

—A por tu regalo, no te muevas de aquí —me inclino hacia él y, por primera vez, soy yo quien besa sus labios. Aunque Héctor intenta ser respetuoso y cauteloso, se deja llevar cuando profundizo el beso y puedo escuchar un leve jadeo cuando me separo de sus labios.

Me dirijo con rapidez a mi habitación y me suelto el pelo, poniéndome boca abajo para sacudirlo con fuerza y darle un efecto más salvaje. Me deshago de mi vestido y me miro al espejo. He de reconocer que tengo muy buen cuerpo, fruto de las horas que lo he ejercitado y cuidado durante años, pero hay marcas en él de mi relación con Sergio que aún me atormentan. Busco una bata de seda para cubrirme; no es que tape demasiado, pero al menos aliviará mis nervios y mi entrada no será tan chocante.

Estoy deseando ver la cara qué pone, aunque supongo que habrá vivido alguna situación así otras veces, pero estoy convencida de que nunca había sentido por ninguna de esas chicas lo que ahora empieza a sentir por mí. Respiro hondo y me miro por última vez en el espejo; estoy preparada para dejarle sin armas.



Sin darle más vueltas, me planto en el salón frente a él obteniendo la respuesta que esperaba; se ha quedado de piedra. Intenta levantarse y acercarse a mí pero niego con la cabeza, a lo que él asiente volviendo a acomodarse en el sofá. Le miro con una sonrisa picarona y me desabrocho la bata, dejándola resbalar por mis hombros hasta llegar al suelo.

—Ese... —Héctor traga saliva y no puedo evitar soltar una risita, no pensé que llegaría a verle tan nervioso—. ¿Ese es el picardías qué te regalé?

—Gloria pensó que sería buena idea guardarlo, aunque yo en aquel momento solo quería destruirlo.

—Tengo que darle las gracias a Gloria por tantas cosas...

Me inclino hacia él apoyando mis manos en sus rodillas y le obligo a apoyar la espalda en el respaldo del sofá cuando uno mis labios con los suyos. Héctor parece cohibido, incluso podría decir que algo intimidado, pero pronto vuelve a su ser cuando nuestras lenguas entrechocan y lleva sus manos a mis piernas, instándome a estar más cerca de él.

Me separo con rapidez y Héctor me mira con el miedo reflejado en sus ojos, piensa que ha hecho algo mal y me ha asustado. Antes de que pueda decir algo o empezar a martirizarse, me siento a horcajadas sobre él y dejo que nuestras entrepiernas se rocen, notando lo preparado que está para mí.

—Voy a enseñarte lo que es que una mujer te controle, lo que es dejarte llevar por ella —le miro a los ojos mientras ato sus manos sobre su cabeza, viendo como el deseo se acumula en su mirada—. Prométeme que harás todo lo que te diga.

—Lo prometo.

Me levanto y corro a mi habitación en busca de un pañuelo para cubrir sus ojos. Cuando regreso al salón y descubre mis intenciones, no puedo hacer más que sonreír mientras vuelvo a sentarme sobre sus piernas y le vendo los ojos. Beso sus labios con suavidad, dejando que los míos se vayan deslizando por su mandíbula y su mejilla hasta llegar a su oreja donde dejo un pequeño bocado con un tirón que provoca que levante su cadera contra la mía.

Continuo con mi ruta bajando con mis besos por su cuello y su pecho aún vestido, por lo que arremango su ropa y la subo a la altura de su cabeza para dejarla colocada tras su cuello. Proceso a seguir con mi camino de besos hasta llegar a su abdomen y quedar arrodillada en el suelo, lo que me facilita mucho el trabajo de desabrocharle los pantalones y quitárselos.

No me esperaba para nada lo que tengo ante mí. Había escuchado hablar sobre las grandes dotes de Héctor, pero esto... Esto es más de lo que podría haber llegado a imaginar. Con cuidado de no hacerle daño, puesto que he perdido algo de práctica, cojo su erección entre mis dedos y

empiezo a masajearla antes de acercar mi lengua a ella y lamerla. Parece gustarle, los gemidos no dejan de escapar de sus labios y mueve la cadera en busca de más, por lo que la introduzco completa en mi boca.

—Pequeña, me estás matando...

—¿Quieres que pare?

—Quiero que subas aquí, me quites las armas de tortura que has usado para que ni te vea ni pueda tocarte y quiero hacerte el amor.

—¿Seguirás haciendo todo lo que yo te diga? —vuelvo a sentarme sobre sus piernas y beso sus labios con fervor, jamás me había sentido tan empoderada ni con tanta confianza en mí misma.

—Por ti, caminaría sobre las mismísimas brasas del infierno.

Le quito la venda y le desato las manos las cuales, tras moverlas un poco para destensarlas, lleva sobre mi espalda para pegarme a él con fuerza y besarme de nuevo. Le permito que se haga cargo de la situación durante unos segundos, que me toque, que explore mi cuerpo y que disfrute tanto como lo estoy haciendo yo.

—Vale, Héctor... —me separo de él y le miro directamente a los ojos, esperando que entienda mi mensaje.

—Lo siento, dime qué quieres que haga y lo haré —mientras habla sin dejar de mirarme fijamente, va acariciando mi cuerpo semidesnudo y enviando descargas eléctricas hasta mi centro, el cual palpita con ganas de sentirle dentro.

—Vas a sentarte en el suelo, yo voy a sentarme sobre tu cara y quiero que te masturbes mientras haces maravillas con tu lengua.

—¿En tu...?

—¿Ahora te pones tímido?

—Para nada, pienso hacerte disfrutar como nunca lo han hecho.

Héctor me mueve con rapidez y facilidad hasta colocarse en la posición que le he descrito y no puedo evitar soltar un gemido y agarrar con fuerza el respaldo del sofá cuando su lengua se encuentra con mi sexo. Las mujeres de la oficina podían hablar, pero está claro que Héctor no les dio ni la mitad de lo que me está dando a mí, de lo que me ha dado durante estas últimas semanas.

No sé cuánto tiempo pasa Héctor así, dándome el placer que jamás pensé que sentiría, otorgándose placer a sí mismo mientras tanto. Lo que sí sé, es que estoy llegando a mi límite y por los espasmos de su cuerpo, me doy cuenta de que él también. Lo único que quiero ahora mismo es que me bese, que lo haga profundamente y que se hunda en mí. En cuanto se lo pido, Héctor cambia las tornas y se hace con el control de la situación. Ya no me importa, que ambos hayamos estado sometidos a la voluntad del otro es todo lo que necesitaba.



Ha pasado casi un mes desde el momento en que me entregué por completo a Héctor y, desde entonces, ha habido muchos más momentos como aquel. Nos hemos conocido mejor, hemos descubierto lo que nos gusta y lo que no, lo que nos hace sentir bien, deseados, amados... No puedo decir que este tiempo no haya sido un sueño, estar con Héctor lo es a cada minuto que paso a su lado.

He tomado la decisión de contarle la verdad sobre mi pasado, de abrirle mi corazón por completo y que conozca a la África que fui y vea en quien me he convertido gracias a mi lucha constante y mis ganas de superarlo; de superarme. Cuando llego a su hotel estoy temblando y Héctor lo nota nada más verme, si algo he aprendido de él es que es un hombre de lo más sensible y empático.

—¿Qué pasa pequeña? ¿A qué viene tanta urgencia? —me recoge entre sus brazos y me abraza, haciéndome sentir segura y protegida a su lado. He demostrado que sola puedo con todo, pero no voy a negar que tenerle a mi lado me hace aún más poderosa de lo que ya era. Nervioso, me acompaña hasta el pequeño sofá que tiene en su *suite* y se sienta a mi lado sin soltar mis manos.

—He venido a decirte que te quiero, que estoy locamente enamorada de ti —Héctor va a hablar y sé lo que va a decir, por lo que hago un movimiento con la mano para que me deje seguir hablando—. Hace casi cinco años salí de una relación que me anuló por completo, que me hundió en un pozo oscuro del que creí que no podría escapar, pero lo hice sin ayuda de nadie. Tuve que forjarme una coraza, cambiar mi forma de ser, de pensar e incluso de sentir para hacerme fuerte y no volver a caer en algo así. Sergio me mantuvo prisionera durante años, atrapada en una relación tóxica cargada de malos tratos y odio. Un día, cuando me hizo perder a mi bebé a causa de una paliza, tomé la decisión de alejarme y no volver a mirar atrás nunca más —tengo que tomar aire, recordar aquellos momentos, explicárselos a Héctor, está siendo más duro de lo que pensaba—. Por ese motivo me mostré tan fría contigo al principio, por esa razón quise imponer unas directrices cuando empezó nuestra relación y por ello he intentado ser siempre la que domine en los momentos íntimos. Hasta ahora no me había sentido capaz de volver a expresar todo esto en voz alta y me daba miedo volver a hundirme si lo hacía.

—¿Puedo decir algo yo ahora? —Héctor aprieta mis manos con fuerza y asiento, sabiendo que no va a dejarme—. Lo primero es que te quiero, que jamás había sentido nada parecido por una mujer. Lo segundo es que me siento tremendamente orgulloso y afortunado de tenerte a mi lado, de que en mi vida haya una persona tan valiente y con tanta fuerza, una mujer que haya sido capaz de salir de una situación así por su cuenta, que haya rehecho su vida y que siga

luchando día a día por seguir adelante —noto como mis ojos se llenan de lágrimas y, por poco que me guste expresar mis emociones, creo que ha llegado el momento de dejarme llevar en todos los sentidos—. Eres lo mejor que me ha pasado en la vida y voy a cuidarte, aunque me queda claro que no te hace falta, pero prometo que nunca te haré daño, que siempre pensaré dos veces antes de actuar y, sobre todo, que nunca te faltaré al respeto. La vida te puso en mi camino por algo, me di cuenta en el momento en que te conocí. Quizás aún no haya descubierto una razón más allá de que estábamos predestinados a estar juntos, a curarnos y aceptarnos el uno al otro, a querernos y respetarnos en todo momento. Puedo decir con la mano en el corazón que eres el amor de mi vida y que lo único que quiero ahora mismo es que te quedes conmigo.

—Héctor... —ya no puedo contener más las lágrimas. Él ha sido algo totalmente inesperado en mi vida, he dejado entrar a una persona cuando pensé que nunca más sería capaz de confiar en alguien y he tenido la gran suerte de que nos encontremos.

—Así que, África, mi pequeña, solo voy a pedirte una cosa: quédate conmigo.